

Josefina Muriel

*Cultura femenina novohispana*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2000

545 p.

(Serie Historia Novohispana, 30)

ISBN 968-58-0313-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 abril 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libro/cultura/femenina.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

## CAPÍTULO VI

### MÍSTICA Y TEOLOGÍA

“Me has seducido, Yavé y me dejé seducir por ti. Me hiciste violencia y fuiste el más fuerte”.

JEREMÍAS 20:7-9.

**E**L TEMA místico es para nuestro mundo materialista y científico un tanto incomprensible, porque le es difícil aceptar que “el entendimiento calle y la voluntad goce”. A algunos les es aburrido, pero como bien ha dicho Audrey G. Bell en *El renacimiento en España*, aburrido sólo lo es para que los que carecen de educación clásica y no pueden aceptar la integral exposición de la vida que termina en la gloria, contenida en esas obras.

La mística es una experiencia personal que se desarrolla en la más profunda intimidad del hombre, por ello cuando los místicos vierten en sus escritos el fruto de sus vivencias, están haciendo una descarada y difícil exposición de lo que por esta vía de conocimiento intuitivo han alcanzado.

El místico se mueve por un afán de conocimiento de Dios, en el que se involucra la aspiración a la unión con Él. Pero esto entraña, a su vez, la congruencia de la voluntad humana con la divina. No puede haber unión con Dios, si hay discrepancia entre la voluntad de Dios y la del hombre. Por eso el místico se esfuerza, hasta donde puede su propia naturaleza, en renunciar a todo lo que lo separa de Dios, esto es, lo que no entra en el plan de Dios causa ejemplar. De aquí los sacrificios para dominar las tendencias pecaminosas del hombre, las pasiones desordenadas. Lo cual no implica odio a sí mismo, sino sólo odio a lo que discrepa y separa de Dios. Esta adecuación total de la voluntad humana con la de Dios es la perfección que el místico busca para llegar a la final visión beatífica, a eso que él empieza a vislumbrar en sus éxtasis, en sus “vuelos de espí-

ritu" y que todos traducen en amor que arrebatara los sentidos y que el profeta Jeremías llama seducción de Yavé. Amor que hace violencia a la voluntad y la vence hasta la entrega total, porque el Señor es el más fuerte Amador.

La mística española es sin duda una de las más importantes manifestaciones del renacimiento ibérico. A través de ella se muestran, en toda su magnitud, los elementos que lo constituyeron. Los intereses religiosos, filosóficos, humanistas y populares de aquella ancestral cultura española se combinan y son interés nacional en la manifestación mística. Esto lo muestra, como dice Audrey G. Bell, la enorme producción de este tipo de obras, que supera aun la de las novelas pastoriles.

El interés en lo místico viene a la Nueva España traído por los primeros misioneros, obispos y hombres seglares de aquella España de vital catolicismo, conquistadora y evangélica.

Místico fue el padre de aquella primera misión franciscana de 1524, fray Martín de Valencia, que se retiró a las cuevas del Sacromonte para poder estar a solas con su Señor. Igualmente lo fueron aquellos frailes agustinos que por la mañana eran civilizadores que erigían pueblos y levantaban hospitales y por las tardes se retiraban a orar en las montañas. Ésos a quienes los indios veían levitarse en místico arrebató por encima de las copas de los árboles. Gregorio López lo fue también en su retiro en las cuevas del hospital de Santa Fe de Tacubaya y luego en Oaxtepec, a donde se fue huyendo de las visitas que le hacían virreyes y arzobispos; místico que unas horas estudiaba las plantas medicinales de los indígenas y otras, inspirado, comentaba el *Apocalipsis*.

Para fomento de este tipo de vida, se divulgó una literatura mística. El primer arzobispo, fray Juan de Zumárraga, deseaba que la vida cristiana que aquí se plantara fuera por esos senderos más propios de gentes sencillas que de sabios. Por ello Juan Estrada traduce al castellano, aquí en México y antes que fray Luis de León lo hiciera en España, la *Escala Espiritual* del místico contemplativo San Juan Clímaco (525-616). Por esto no es raro que éste sea el primer libro impreso en la Nueva España ni lo es tampoco que, siendo tan tan caras las impresiones y tan escasas las imprentas, se editara tres veces en el siglo xvi (1546, 1549 y 1575) la *Mística teológica en la cual se nos enseña el verdadero camino del cielo* de San Buenaventura.

Las obras de fray Juan de los Angeles, fray Luis de León, fray Luis de Granada, del beato Juan de Ávila, de San Juan de la Cruz, San Ignacio de Loyola y otros llegan constantemente durante los siglos

coloniales, generalmente impresas, aunque también en copias manuscritas.

Las escritoras españolas incitan con sus obras a producir en Hispanoamérica una literatura mística. Así la vemos aparecer en Tunja, Colombia, con la madre Castillo, y también la vemos entre las monjas y beatas de Quito, Cuzco, Arequipa, Guamanga, Trujillo, Lima y otros lugares más.

Las mujeres de la Nueva España no podían, en modo alguno, sustraerse a ello, antes bien, participaron con extraordinario entusiasmo que está manifiesto en las numerosas biografías de monjas y seglares impresas entonces y en los escritos que nos dejaron.

Españolas, criollas, indias, mulatas, y aun negras, forman parte de este movimiento, unas sólo viviéndolo, otras, las menos, escribiendo sus místicas experiencias por órdenes superiores.

Las obras de Santa Teresa de Jesús fueron leídas con avidez, produciendo la creación de conventos en los que se procuraba imitar su vida. La influencia de esta escritora en la Nueva España se extiende también al clero masculino y a los seglares.

Otra escritora que tuvo gran importancia fue la madre María de la Antigua, a través de su obra *Desengaño de las religiosas y de las almas que tratan de virtud*, que se divulgó ampliamente en las instituciones femeninas, colegios y recogimientos.

Empero quien comparte la máxima influencia mística, al lado de Santa Teresa de Jesús, es la venerable María de Jesús de Ágreda. Su obra *La Mística Ciudad de Dios* se editó completa setenta y dos veces en Europa y una en México. En extracto veintisiete veces; de éstas, siete ediciones fueron hechas en la Nueva España.<sup>1</sup> Fue tan divulgada que no hubo convento, colegio, beaterio o recogimiento en el que no existieran varios ejemplares de ella. Su influencia en las escritoras hispanoamericanas fue definitiva aun en las de máxima personalidad, como Sor Juana Inés de la Cruz, de México, y Sor Francisca del Castillo, de Colombia.

Los pintores de nuestros siglos coloniales nos han dejado hermosos retratos de esta autora, en los que se la presenta al lado de los grandes visionarios y padres de la Iglesia. Así aparece frecuentemente ella en el centro con su *Mística ciudad* y flaqueándola a un lado San Juan con el *Apocalipsis* y San Agustín con *La ciudad de Dios*.

<sup>1</sup> María de Jesús de Ágreda, *Mística Ciudad de Dios*, Introducción de Celestino Solaguren, O.F.M., Madrid, Imp. Fereso, 1970, pp. cii-ciii.

## LAS MÍSTICAS NOVOHISPANAS

Las escritoras místicas forman un grupo muy selecto y poco numeroso. De las que conocemos hasta ahora siete fueron monjas y una mujer seglar soltera.

No hay entre las que escriben sus místicas experiencias ningún miembro de la aristocracia española o criolla. Exceptuando a las nobles indígenas, todas pertenecen a una clase media orgullosa de "nobles antepasados", lo que hoy llamaríamos familias conocidas por sus buenas costumbres y educación. Todas tienen medios económicos suficientes para vivir.

Si nos preguntamos por qué las negras, mestizas y mulatas no escriben la mística que sabemos llegaron a vivir, la respuesta es muy sencilla: la falta de elemental cultura, eran analfabetas.

De todas las místicas que conocemos sólo una era española, doña Beatriz Pérez de Villaseca, dama de la corte de la marquesa de Guadalcázar, que luego fue carmelita en San José de México. Todas las demás son criollas. Sabemos que hay místicas indígenas pero hasta hoy no he podido localizar sus escritos.

Si atendemos a los sitios en que se desarrolla esta literatura, nos encontramos que son, hasta donde hoy conocemos, México y Puebla, con derivación en Oaxaca. Por algunas biógrafas sabemos que también las hubo en Querétaro, Morelia y Guadalajara aunque no hayamos tenido la suerte de conocer obra alguna procedente de esas partes.

Para entender el surgimiento de la literatura mística en estos lugares hay que tener en cuenta que son centros donde hubo obispos místicos. Quién podría negar la influencia del poderoso obispo poblano ilustrísimo don Manuel Fernández de Santa Cruz, virrey y arzobispo de México a un mismo tiempo, y quién ignorará la que tuvo el ilustrísimo don Juan de Palafox. Si su presencia mística se sintió en las letras, más aún debió sentirse en la dirección de los conventos. Si fue capaz de escribir una *Guía y aliento del alma viadora*, en que habla de ese saber que se adquiere por la perfecta oración y de escribir esas hermosas liras que dicen:

¡Oh noche cristalina  
que juntaste con esa luz hermosa  
en una unión divina  
el Esposo y la Esposa  
haciendo de ambos una misma cosa!

¡qué no diría a sus monjas que tanto le preocupaban! ¡Cómo las encaminaría por esas sendas!

No podemos olvidar tampoco al obispo poblano, don Domingo Pantaleón Álvarez de Abreu, ni al oaxaqueño don Ángel Maldonado.

Además de éstos, tienen gran importancia las órdenes religiosas. La franciscana con su Colegio de la Santa Cruz de Querétaro interviene con su influencia de prédica y dirección espiritual en innumerales personas. Por sus misioneros van brotando instituciones femeninas como el Real Colegio de Santa Rosa de Viterbo, o el Beaterio de San Juan de Río. Hay varias místicas queretanas cuyas vidas tienen estrecha relación con los franciscanos. En la ciudad de México fray Eugenio Valdés OFM tiene la dirección de la madre Sebastiana Josefa de la Trinidad, mientras los dominicos se ocupan de doña Francisca Carrasco que llega a formar parte de sus terciarios.

Los jesuitas en los siglos xvi al xviii tienen una gran importancia como directores espirituales y confesores. Los padres Pedro Sánchez y Jerónimo Ruiz, y Núñez de Miranda después, se ocupan de las monjas de San Jerónimo; Miguel Godines, de María de Jesús de Puebla; Pedro Salmerón, de la venerable madre Isabel de la Encarnación; Joseph de Bellido de la venerable madre María Anna Águeda de San Ignacio.

No hay hasta donde conocemos importante influencia de los carmelitas en la literatura femenina, ya que aunque ellos promovieron la fundación del primer convento carmelita en México, las monjas quedaron sujetas al arzobispado.

La importancia de los confesores es muy grande, primero porque fueron los que vigilaron que no se tratara de místicas falsas y fingidoras, porque ellos, para poder conocerlas mejor, les ordenaron que escribiesen sus experiencias, y a eso debemos la existencia de nuestra literatura mística. Sin embargo, ellos son responsables también de que no la conociéramos en forma total, ya que teniéndola completa, sólo publicaron las partes que les interesaron para sus biografías. Fue ese paternalismo clerical prepotente muy de época el que no dio valor literario a los escritos místicos femeninos y los refundió en el polvo de los archivos.

Entre las características generales y comunes a nuestras místicas están las siguientes: todas escriben por orden de los confesores; ninguna, excepto la teóloga poblana, tiene experiencia previa en el manejo de la pluma, pues aunque no son mujeres iletradas porque leían, no acostumbraban escribir.

Todas reconocen la ayuda divina para hacerlo; hay párrafos conmovedores que nos muestran sus esfuerzos, sus fracasos hasta alcanzar la facilidad y soltura que luego tienen. Y lo que fue mandato repul-

sivo se vuelve gozo cuando en "afectos" y versos expresan el sentimiento amoroso que las embarga.

Otra característica de la mística femenina novohispana es que no fue hecha para publicarse, ni menos para enseñar a nadie. La parte que no es autobiográfica como los afectos, poemas y meditaciones hechos sólo para uso personal, se descubrieron cuando las autoras murieron. Finalmente, señalaremos que nuestra mística femenina tiene rasgos comunes con la española y la hispanoamericana, uno de los cuales es un acusado sensualismo (en el sentido ortodoxo) y está limpia de desviaciones de quietistas o alumbrados. De que así fuera se encargó celosamente la Inquisición, castigando a las fingidoras y heterodoxas, confiscando la censura sus escritos.

El desarrollo de la literatura mística novohispana que se inicia a finales del xvi alcanza su apogeo en la segunda mitad del xvii y lo sostiene hasta la primera mitad del xviii. Pero en la segunda mitad de ese mismo siglo decae notablemente y empieza a pasar a segundo plano aunque subsista, según lo demuestra don Benito Díaz de Gamarra en su biografía de Sor María Josefa Lina de la Canal (1831) y los panegíricos y cartas edificativas del siglo xix.

Empieza el mundo moderno y los sabios mexicanos, los interesados en las ciencias son los que atraen la atención. Se fundan Sociedades de Amigos del País para el avance cultural y económico que se ansía, y en ella se inscriben varias mujeres.

Aquellos místicos prelados que hablaban de escalas espirituales y noches que juntaban "amado con amada" habían desaparecido. Ya no se escribían tratados de teología mística. Eran los tiempos en que un arzobispo de México creaba el primer hospital general moderno y predicaba desde el púlpito de la catedral la necesidad de la vacunación contra la viruela.

Pronto aquella mística a la que esas mujeres con tanta honestidad habían dedicado sus vidas sería cuestionada. Histeria, locura, obsesión y aun desnutrición, serían elementos esgrimidos para destruirla o para despreciarla. Sin embargo, allí está aún como pensamiento vivo, ante nosotros que podremos o no entenderla, pero nunca desconocer que representa la vida más altamente valorada en una época de nuestra historia, que es una parte de la cultura hispánica vivida con todo valor, sinceridad y con tanta fuerza amorosa, que a pesar de hallarse tan lejos de los intereses del mundo actual, recordando a nuestro poeta siento como él que

... aun ausente  
 su palpitada esencia me conmueve,  
 me turba como un germen, como un rastro,  
 como una cruel raíz retrocedida  
 que no llegó a soñar su sueño inmenso  
 y nos lo dio a nosotros\*

Al presentar la mística femenina novohispana, vamos a mostrar las más profundas intimidades de las mujeres que en aquellos tiempos se dejaron "seducir" por el Amor.

Si mostráramos solamente páginas aisladas de sus escritos, sin presentar al mismo tiempo la existencia de las que vivían la mística, sus obras perderían la dimensión histórica y no tendrían sentido. En el presente estudio vamos a procurar no alterar su prístino sentido en respeto a las autoras.

A quien ha vivido en alguna forma la experiencia religiosa, las páginas místicas escritas por las mujeres de México en los siglos XVI, XVII y XVIII le harán conocer los profundos valores que vivieron los hombres de aquellos siglos y lo llevarán a conocer la añeja entraña espiritual de nuestra patria.

#### SOR MARÍA MAGDALENA DE LORRAVAQUIO MUÑOZ (1576-1636)

La primera manifestación de la literatura mística novohispana la conocemos a través del manuscrito autobiográfico de Sor María Magdalena, que conservó y prestó para hacer otras copias manuscritas su prima, Sor Francisca de San Martín, religiosa del convento de San Jerónimo. La fidelidad de las copias sacadas la testimonió su sobrino el Pbro. Lic. Francisco de Lorravaquio, cura, juez eclesiástico y comisario del "Santo Oficio de la Inquisición", el 15 de octubre de 1650. La obra se titula *Libro en que se contiene la vida de la madre María Magdalena, monja profesada del convento del Señor San Jerónimo de la ciudad de México, hija de Domingo de Lorravaquio y de Ysabel Muñoz su legitima mujer.*

Conocemos dos manuscritos, uno se vendió en Londres en 1970,\*\* el otro existe en la Biblioteca de la Universidad de Austin, USA.<sup>2</sup>

\* Efrén Hernández, *Entre apagados muros*, México, Imprenta Universitaria, 1943, p. 28.

\*\* La versión de éste nos la proporcionó la señora María Josefa Martínez del Río de Redo quien fotografió las portadas y copió parte del manuscrito en la librería Magg's Bros de Londres.

<sup>2</sup> María Magdalena Lorravaquio Muñoz, *Libro que contiene la vida de la Madre María Magdalena Lorravaquio Muñoz, hija de Domingo Lorravaquio y de*



El primero es la copia más antigua (siglo xvii) y está escrito en hermosa letra italiana caligráfica. Se sigue en esto una tradición medieval: conservar en forma manuscrita las memorias de esa mujer ejemplar, para las generaciones futuras de monjas. El libro está hecho para el convento. Las capitulares son verdaderos dibujos, con detalles muy femeninos como los adornos de flores, hojas y pajaritos. Se emplean dos tintas, la roja y la negra como lo hacían los impresores de la época. Recordemos las portadas de Pedro Ocharte, en 1565, al *Confesionario Breve* de Fray Alonso de Molina o al *Psalterio* de 1584.

Las monjas quisieron además dejar una constancia de la existencia física de Sor María Magdalena poniendo en el manuscrito conventual un retrato fiel o imaginario de ella en wash gris y negro.

La encargada de copiar los originales escribió a manera de introducción estas palabras: "Estuvo en cama cuarenta y cuatro años y tres meses ejercitada con trabajos, enfermedades, temblores y regalos de su Divina Majestad; mandáronle sus confesores fuese escribiendo su vida y los particulares regalos que de continuo recibía de Nuestro Señor Jesucristo."

Esta obra nos inicia en el conocimiento de la mística femenina novohispana. En ella encontramos ya todos los elementos que después veremos ampliamente desarrollados en los siglos xvii y xviii. El escrito se produce por la valoración que a su vida mística dieron sus confesores, los padres jesuitas Juan Sánchez y Jerónimo Ramírez. El primero fue uno de los más distinguidos pioneros de la Compañía de Jesús en la Nueva España. El P. Jerónimo Ramírez fue impulsor de las misiones jesuitas, apóstol de los tepehuanes y de los tarascos. A su notable obra en favor de los indígenas del norte de México añadió una vida de profunda oración y gran conocimiento del corazón humano. Fue rector en el Colegio de San Ildefonso.<sup>3</sup>

Los escritos de la M. María Magdalena fueron aprobados después de su muerte por los padres, jesuitas también, Gaspar Limpías de Carbajal y Hernando Mexía.

La obra se inicia así:

En el nombre de la Santísima Trinidad. . . Padre, Hijo y Espíritu Santo, Dios Verdadero, en cuyo nombre obedezco este mandato y obediencia de mi padre espiritual el padre Jerónimo Ramírez de la Compañía de Jesús y del padre Juan Sánchez de

Ysabel Muñoz, su legítima mujer. Ms., Biblioteca de la Universidad de Austin, Texas. Latin American Collection. Número 1244.

<sup>3</sup> Gerard Decorme, *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial. 1572-1767*. México, Robredo, 1941, t. I, cap. I; t. II, p. 17, 18, 42, 52, 99.

la misma religión, manifestando el discurso y distribución del tiempo de mi vida...

Termina esta especie de prólogo humillándose por sus muchos pecados y dando gracias a Dios que con su "gran caridad y misericordia" le ha hecho "tantas mercedes".

Por la divina gracia y misericordia de Dios que con ella previno mi alma desde mis tiernos años, pues desde que tuve uso de razón que supe usar de ella luego, tuve tan grandes deseos de amar a Dios y conocerle y de no emplearme en otra cosa sino en esto, y con estos deseos procuraba huir de los juegos y travesuras que la edad pedía...

Cuenta después su niñez, su amor infantil a la Virgen María y en medio del relato surge lo extraordinario en forma tan sencilla que transporta al lector, sin darse cuenta, de lo natural a lo sobrenatural, que es el mundo para el cual ella vive ya. Así hablando de su devoción a la madre de Dios dice: "Si encontraba una florecita o una cosa de olores, iba luego y se la presentaba a la Virgen, cuya imagen de bulto tenía en la recámara. Y ella me enseñó a rezar el Salterio en tiempos".

Nos declara con esto algo extraordinario: que fue la misma Virgen María en persona, quien le enseñó a rezar esa alabanza.

Y añade a renglón seguido, sin dar mayor importancia al hecho de su íntima comunicación con lo sobrenatural, una frase que vincula su actividad religiosa con su vida de niña: "aunque estuviera en mis juegos, todo lo dejaba e iba luego con esta Señora".

Así pasa los primeros diez años de su vida, pero después dice:

Luego me dio tan gran deseo de deprender a leer para saber de esta Madre mía y de Dios que con muchas veras y cuidado lo ejercitaba... Y sabiendo ya leer todo lo más del tiempo que yo podía entre día gastaba en leer...

Tenía entonces entre los libros que fueron sus predilectos el de la pasión de Cristo del P. Gaspar Loartes J., el de Nuestra Señora del Rosario y el *Flos Sanctorum*. Este tipo de obras aumentó sus deseos de retirarse de la vida mundana para poder en soledad pensar en Dios como lo habían hecho los santos, y así llegó a planear el escaparse de su casa.

Pero no lográndolo se refugió en la oración según lo que escribe: "pedíale a Dios con grande ahínco me llevase a un desierto y me

sacase entre tanto bullicio del mundo". Su vida infantil y su paso a la adolescencia transcurren en medio de la consciente y creciente primacía que va dando a las cosas del Señor sobre las del mundo.

A la oración, lecturas y comunión frecuente añade sacrificios para dominar sus nacientes pasiones "me ponía silicios y ayunaba todos los días que podía, vísperas de Nuestra Señora", dice.

Estas escuetas descripciones nos van introduciendo rápidamente a su autobiografía espiritual, en la que se ve con toda claridad el germinar de una mística.

Aunque desde muy pequeña quise entrar al retiro de la vida monástica, no lo logré hasta después de cumplir los quince años, entrando al recién fundado convento de San Jerónimo de la ciudad de México el 22 de julio de 1590, día de Santa María Magdalena.

Por medio de las enseñanzas de la maestra de novicias fue conociendo más y más ese camino a perfección por el que deseaba andar para unirse a Dios. Profesó el año de 1591.

Aquel día —explica— fueron tantos los favores y mercedes que Su Majestad hizo a mi alma uniéndola consigo, que toda estaba transformada en El y tan enriquecida de dones con lo que poseía que me parecía a mí no vivía en esta vida mortal, porque ni en lo que hacía ni trataba no eran sino cosas del cielo según estaba y lo más que mi alma pasó ni es posible yo lo pueda decir como ello fue...

Su oración mental se intensifica estando en el convento y con ella su capacidad de abstracción; en uno de sus relatos sobre la meditación que hacía sobre los diferentes episodios de la Pasión de Cristo dice:

...empezando a meditar luego me quedaba el alma ahí parada en aquella presencia de Dios, con tanta paz y quietud, gozando de aquellos frutos de la Pasión, sin poder pasar adelante y de esta manera estaba todo el tiempo que estaba en oración...

Sabiendo que el camino a la perfección que pretende es de abnegación total aun de lo legítimo lo acepta. De ello nos cuenta: "[invítome] la maestra a hacer una mortificación y sintiéndolo mucho, repugnándole a la naturaleza, me hice fuerza y lo hice, considerando cuánto mal pasó Nuestro Señor por mí". Y a renglón seguido añade:

“estando en esta consideración vide con los ojos corporales y espirituales a Cristo con la cruz a cuestas”.

En el párrafo siguiente nos relata otro hecho semejante al anterior: “para tener oración y quietud me metí al coro y estando en mi oración, vide con los ojos del cuerpo y alma un niño Jesús de pequeña edad, ya cuando me abalanzaba a tomarlo se me desapareció, me quedó una gran alegría de volver a ver este niño que tanto me había llevado tras sí mi alma”.

Estas visiones de “los ojos espirituales” son aquellas que los místicos definen como un ver con los ojos del alma.

A los dos años de su ingreso al convento enfermó de la garganta; la enfermedad progresó haciéndosele unas úlceras.

La descripción del progreso de esta enfermedad y sus manifestaciones externas nos hacen pensar que tuvo fiebre reumática y corea. Para desgracia suya y horror nuestro los tratamientos médico-quirúrgicos que se le dieron sin tomar en cuenta su juventud, 16 años, ni el dolor y el destrozo de su cuerpo, no solo no podían curarla sino que la destruyeron físicamente dejándola por el resto de su vida, 44 años, inválida en la cama.

Primero fueron remedios caseros, luego llegaron los facultativos que ordenaron “sudores”, después “unciones”, cosas ambas que la debilitaron, y viendo que no se aliviaba le “sangraron” los muslos “para que saliera el azogue” y quemaron las heridas hechas con cuchillo ardiente; cosa semejante se le hizo después en los brazos. No contentos con esto decidieron aplicarle lo que llamaban “botón de fuego en la mollera”. Este tratamiento llegó a tal extremo de brutalidad que, según confiesa, la puso “en riesgo de perder el juicio”.

Y todavía la torpe priora, no comprendiendo que padecía corea, sino dictaminando que sus temblores eran histéricos, la hizo azotar en repetidas ocasiones; más aún hizo llamar al prelado doctor Cadena, “persona muy docta y muy atenta”, para que la exorcizase por endemoniada.

Pero no fue así. Al hablar con ella pudo descubrir que se trataba de una joven enferma en el cuerpo y extraordinaria en el espíritu. Sin embargo aun tuvo que soportar por años a aquella superiora que no aceptando el continuo movimiento que le producía en el cuerpo la enfermedad, la tildaba de loca y no le permitió comulgar durante un año. Con el tiempo logró restablecerse un poco, hasta lograr ponerse en pie, aunque nunca volvió a caminar. Empero la carencia de salud corporal tiene para ella un lugar secundario, lo importante es la vida de su espíritu.

El relato que hace de su vida monjil presenta dos aspectos dife-

rentes que señala con toda serenidad: uno es esa actividad que tiene diariamente en su cama de enferma, y el otro, esa vida interior de relación íntima con Dios. Con su espontánea sinceridad dice:

Pues con la gracia de Dios, que con su favor me ayuda en amaneciendo me despierto luego, me ofrezco a Su Majestad toda mi alma y corazón y potencias y sentidos y le suplico a nuestro Señor obre en mí según su santa voluntad...

Después reza, luego se cura las llagas que tiene en su sedente cuerpo y en seguida inicia las actividades que su condición de inválida le permiten, teniendo presente que vive en una comunidad.

Ella misma lo demuestra cuando dice que a diario se dedica a

enseñar la doctrina cristiana a todas las mozas de servicio que quieren aprenderla. Después de esto dispongo todo lo necesario para el servicio de mis necesidades y de las hermanas que conmigo están, que en esto gasto alguna media hora, después tengo la otra media hora de la lección espiritual en la pasión, vidas de santos, que éstas me alientan y animan mucho a padecer más y más... leo libros de ejercicios espirituales, y después de esta lección hago obra de manos, porque así por ser voluntad de Dios, como para ayudar a mis hermanas a ganar para lo menester por no tenerlo y ser pobre, o porque no puedo estar ociosa, me ocupo en ello hasta las doce o la una, que es la hora ordinaria de tomar algún sustento necesario. Después de esto vuelvo a la labor de manos y lección espiritual, o tratamos de Dios un poco las que estamos juntas y para todas las que quieren esto o tratarme sus necesidades, las recibo con gran amor y voluntad. A todas las peticiones de los trabajos y necesidades, de todas las que me encomiendan, acudo con ellas a Su Majestad... A las seis de la tarde que alzo la labor, vuelvo a mi oración... A la noche desde esta hora tomo algún bocado... Desde las nueve hasta las diez leo en otros libros y si no puedo oigo la lección. Y todo esto no a todas veces.

Luego nos relata qué es lo que interrumpe esa actividad de sus clases, sus lecturas y su labor de manos, pero lo hace con la misma simplicidad con que ha relatado cómo cura las llagas de su sedente cuerpo, aunque se trata de lo sobrenatural, de sus arrebatos místicos. Así añade en seguida:

...porque los demás días cuando Su Majestad es servido de hacerme merced, estoy en una profundidad de recogimiento tan

interior que no puedo usar de estos ejercicios sino de los muy necesarios, y éstos sin salir un punto de lo interior, hay días y muchos que estoy tan fuera de mí y tan transportada que me parece que no vivo en carne mortal. Los modos de oración que Su Majestad me comunica, son muchos y tan interiores que no los entiendo y sería imposible yo manifestarlo como ello pasa, que a veces ni aun sentimiento no tengo en mi alma de aquellas grandezas que Su Majestad me comunica, que sólo pudiera decir que entraba en la bodega y era embriagada sin saber cómo. A lo que sólo puedo decir es que algunas veces estando en esto poniéndome en la presencia de Dios que aunque procuro no faltar de ésta jamás, en las horas retiradas me enviste\* Su Majestad con una como luz aunque no muy clara y de tan gran suavidad de olores tan perfectos, así interiormente como exteriormente, que si todos los del mundo quisieran, allí los excediera, que aquellos mismos suspenden mis sentidos interiores y exteriores, con una paz y suavidad muy grande.

Otra vez me sucede que en recogíendome a oración, que siento la presencia de Dios, me derraman por todo mi cuerpo y mis huesos un suavísimo licor y como a modo de fuego muy ardiente que en vivas llamas se arde mi corazón y con esto quedo enajenada de mis potencias y aquí las veces que Su Majestad es servido me hace particulares mercedes.

La profundidad y la hermosura de estos párrafos místicos conmueven por su espontánea sencillez y por la autenticidad vital que encierran. En ellos María Magdalena se presenta ya como una mística completa.

A quien esté familiarizado con la literatura del Siglo de Oro no le costará trabajo descubrir en sólo este párrafo los mismos elementos constitutivos de la más limpia mística castellana de aquellos tiempos.

Actúa desde su cama de enferma, pero sin perder ese recogimiento interior del espíritu que la lleva a vivir: "tan fuera de mí y tan transportada, que me parece que no vivo en carne mortal".

Su unión con Dios es cada día mayor. En esa oración interior en que ella vive, ocurren muchas cosas que trata de explicar, pues está obligada a ello, pero no puede hacerlo con claridad porque esas grandezas que Su Majestad le comunica trascienden las posibilidades humanas y entonces, con la sencillez que le es propia, recurre a un símil diciendo: "que sólo pudiera decir que entraba en la bodega y era embriagada sin saber cómo". Al decirlo nos recuerda aquellos ver-

\* Envuelve, cubre o reviste.

sos bíblicos que glosa San Juan de la Cruz: "Y en la bodega del amado bebí..."

A lo que añade después en otro bellissimo párrafo en que nos describe cómo la "enviste" la gracia de Dios con una luz que tiene olores que exceden a todos los perfumes de la tierra, que es lo mismo que decir una luz que embriaga todos los "sentidos interiores y exteriores". Y los suspende en un éxtasis en el que el alma encuentra la paz. Este modo de hablar es una expresión exacta del hecho, en el lenguaje de la época, claro y preciso. La doctora de Ávila ha definido esto mismo repetidas veces como ímpetu grande de amor que viene de Dios sobre el alma y que la deja "como embobada".<sup>4</sup>

Profundizando más en el mismo tema, en el párrafo siguiente, María Magdalena nos habla de ese licor que como fuego muy ardiente se derrama sobre el alma que en vivas llamas arde el corazón y le deja enajenadas las potencias. A lo que la experimentada maestra Santa Teresa añade: "otras veces da tan recio" que "ni nada no se puede hacer que corta todo el cuerpo; ni pies ni brazos no puede menear, antes si está en pie, se sienta..."

Pero en este difícil y peligroso camino de la mística los que van por él no gozan siempre de esos favores. Hay momentos en que el amado de su corazón se ausenta. Por eso San Juan de la Cruz describe ese momento en su cántico espiritual diciendo:

¿A dónde te escondiste  
amado y me dejaste con gemido?,  
como el ciervo huíste  
habiéndome herido;  
salí tras ti clamando  
y eras ido.

Y María Magdalena, desde su encierro en el convento de San Jerónimo, escribe:

Ahora mucho tiempo ha me ha puesto Su Majestad en un modo de oración muy trabajoso y de muy gran dificultad y es que en tratando a nuestro Señor en oración que me hace de sus acostumbradas mercedes, y cuando éstas son más singulares y mayores y que mi alma más se goza en ellas y le tengo más presente en un instante, apunto absconde Su Majestad y me deja en un género de tinieblas y oscuridad y me desampara de tal manera

<sup>4</sup> Santa Teresa de Jesús, "Su vida", en *Obras Completas*, Madrid, Espiritualidad, 1962, caps. I-XXIX, pp. 1-391.

que todo se acaba para mí, el cielo es de bronce, ni Dios parece me oír, ni sé llamarle, ni en mi interior hay tan sólo un buen pensamiento.

Entonces se queda en las tinieblas de la "noche oscura del alma" y añade:

Todos los demonios se embocan y el infierno se auna contra mí, todos mis apetitos y pasiones parece que en mí resucitan y las tentaciones que mi enemigo me trae son muchas y muy terribles y las que más me apuran es una desesperación y desconfianza de mi salvación y de la misericordia de Dios que me parece se acaba todo para mí y que no hay Dios ni he sabido de cosas tuyas según mi alma está apurada, y de esta manera también aprieta Su Majestad los cordeles de las enfermedades y grandes dolores que a mi parecer no sé si serán mayor las penas y tormentos del infierno que éstos.

A la noche sigue el día y vuelve a relatarnos en decenas de páginas esa relación amorosa con Dios en que se ve favorecida de modo extraordinario. Nos habla de dos modos de oración: el coloquial y el de contemplación. Ella no se pone a definir lo que es cada uno, pero lo explica al relatar sus vivencias en los dos modos.

En el coloquial, pone su mente en Dios e inicia con El un coloquio o conversación que la boca calla mientras el alma habla. Por ejemplo dice:

Otra vez estando en oración de coloquio con unos ardientes deseos de amar a Dios y unir mi alma con él me suspendí\* y en ella me llevaron el alma en una soledad o campo muy grande lleno todo de lirios muy olorosos y estando mi alma deleitándose en esto, ví a Cristo como cuando andaba en el mundo... y en viendo mi alma esto, se iba tras el Señor con tan gran ansia y fervor que me parecía a mí se me arrancaba del cuerpo y en estas ansias se me desaparecía. Y vuelta de esta suspensión, fueron muchos los regalos y mercedes que Su Majestad me comunicó y los afectos que me quedaron de amarle y servirle con muchas veras.

De otra oración coloquial dice:

...estando ofreciéndome al Padre Eterno y al corazón santísimo de su Hijo y Santísima Madre en sacrificio y el mío pidién-

\* Arrebató místico.



dole me dispusiese para la comunión, después de haber comulgado quedé suspensa y en ella sentí la presencia de Dios en su divinidad y aparecíame y ví con los ojos del alma una fuente muy cristalina y resplandeciente en presencia de aquella divinidad, de donde veía yo emanaban unas aguas cristalinas y con muchos resplandores me cubrían toda el alma y la sentí toda transformada en aquella presencia de Dios en divinidad de la cual me comunicó muy grandes regalos y consuelos del cielo unos fervientes afectos de amor, arrepentimiento de mis culpas y pecados deseando hacer muy gran penitencia.

Esta reacción que sigue al arrebatado de espíritu de amar más, de hacer más penitencia, de tomar conciencia de la pequeñez humana frente a Dios la veremos igual en todas las místicas más adelante.

En la oración de contemplación, el alma no dialoga, sino que guarda silencio, veamos como la vive ella:

Otra vez un día de comunión en oración de contemplación me quedé suspensa y en ella sentí que me llevaban el alma a una profundidad y silencio y estando en éste amando y deseando a Dios vi con los ojos del alma, con objeto y sin objeto, que me presentaban una concha y dentro de ella la Santísima Trinidad que aunque distintamente no veía yo las tres personas; mas en la divinidad les veía y conocía y en esta vista interior parecía se me abrasaba el corazón en un ardiente amor y deseo de amar a Dios ofreciéndole mi corazón a cada persona de la Santísima Trinidad y pidiéndole me comunicasen su gracia y amor para amarle, se me desapareció esta visión y vuelta de esta suspensión quedé con muchos afectos de amar a Dios y con un profundo conocimiento a mis pecados.

En otra ocasión habla en especial del Espíritu Santo a quien en una visión ve como una paloma cuyas alas forman conchas doradas y cuyo pico es color de fuego. Así sus visiones se renuevan, unas son las fuentes de aguas vivas, otras el trono de Dios, los rayos de luz, la "bola muy grande de un oro muy encendido como un ardiente fuego" cuya vista le arrebatava el alma, o bien "una bala de cristal muy pura y blanca" de la que "salían unos rayos como del sol muy ardiente" que la envisten y la dejan "absorta y transformada en ella", dejándola cuando vuelve de aquella "suspensión de espíritu" "con una grande alegría y paz, con unos afectos de amar a Dios muy de veras y de no ofenderle en nada".

Hubo una ocasión en que esa "suspensión de espíritu" o arrebatado místico le duró quince días en medio de la angustia de las monjas

que, no sabiendo como volverla en sí, discurrieron dice: "darme música y cantando cosas de Dios aquella melodía me hizo volver de aquella suspensión con una muy gran paz y quietud y alegría de mi alma".

En esas sus continuadas oraciones no olvida a los que a ella se encomiendan. Reza por los vivos y por los difuntos, por los enfermos, por los que tienen problemas de la índole que sean, por las elecciones en su convento, por la necesidad de la Iglesia; del gobierno y aun por los daños que todos creen traerá a la ciudad la cometa "que se ha visto tantas veces".

Lo interesante en esto es comprobar el aprecio que la sociedad hace de su vida y el valor que le da como intercesora delante de Dios.

Sigue cumpliendo la orden de los directores. Su pluma llena páginas y páginas, pero un día cuando termina de relatar el gozo que tiene por haber visto subir al cielo "muy resplandeciente y linda" a una niña que habían encomendado a sus oraciones, el documento se interrumpe... Sor María Magdalena de Lorravaquio no escribe más. Ella que tanto sabía de Dios "y sus favores", tenía miedo a las angustias de la muerte, pero Dios le hizo un favor más. El sábado 19 de enero de 1636, a las 10 de la mañana mientras oraba y su espíritu se hallaba suspendido en el Señor, su corazón dejó de latir.

El copista de estas íntimas confesiones, que constituyen su obra mística, sólo añadió *Laus Deo*.

#### LA VENERABLE SOR MARÍA DE JESÚS TOMELÍN (1574-1637) Y SOR AGUSTINA DE SANTA TERESA

Mencionamos ya en nuestro estudio de las biógrafas a la madre Agustina de Santa Teresa, concepcionista poblana del siglo XVII. Su caso es sui generis en la Nueva España dentro de este tipo de literatura, pues sin ser ella quien tenga los arrebatos místicos, ni quien llegue en la oración a los éxtasis donde los sentidos son ya inadecuados para el objeto que pretende alcanzar, donde el alma sola entra en íntima relación con Dios, es quien la escribe, relatándola con toda fidelidad, como la secretaria, confidente, amiga, compañera y concubiliaria de la venerable María de Jesús, monja también del convento de la Concepción.

Esta venerable madre fue la primera criolla notable de la Nueva España para los escritores que en aquellos siglos se ocuparon de ella. El bachiller Francisco Pardo, en las primeras páginas de la biografía que escribe en 1676, dice:

Salga ya felizmente a luz en este Reino de la Nueva España, no sólo la lumbré más hermosa de los cielos María Inmaculada, sino también María de Jesús, prenda de origen limpio de la mayor pureza, para que se descubran las grandezas del criador y se manifiesten las noticias, que hasta aquí se ocultaban, la vida singular de esta esposa de Cristo... Escríbanse las excelencias de una tan rara criatura, manifiéstense a la tierra sus perfecciones... Refiéranse por escrito tan sublimes prendas, tantas bien sufridas tribulaciones, tantas acrisoladas finezas y tantas de Cristo y su Madre a esta Virgen dichosa continuadas caricias. Escríbase todo esto en el Reino y territorio de la Nación Occidental para que las poblaciones, que están en el ocaso, la populosa de los indios que se miran al occidente, los naturales del término del orbe, la plebe Neófita y recién producida del gremio de la Iglesia a la luz de la gracia y la nobleza, calificada, los nombres claros del nuevo mundo, celebren las obras inefables que el poder infinito ostentó en una candidez pura y especialmente la Puebla... los nacidos en esta Nueva España. Esto es los criollos de las Indias den a Dios perpetuas alabanzas por lo mucho que favoreció a esta primogénita hija de María Santísima...<sup>5</sup> singular portento del Nuevo Mundo.<sup>6</sup>

Algunos años después, en 1683, el licenciado Diego de Lemus publicó en León, España, otra biografía en la que dice que si se conocieran en España los valiosos méritos de María de Jesús "no sólo tributaría de la Nueva España a la antigua lo precioso de sus metales, sino que la enriquecería con el oro de tan celestiales ejemplos".<sup>7</sup>

En 1756 el padre fray Félix de Jesús María publicó en Roma otra biografía de la madre María de Jesús en la cual, como postulador que era de causa de canonización, expresa sus deseos de que América tenga nuevos honores al colocarse a María de Jesús en los altares. Recuerda que los primeros los tuvo con Rosa de Lima y dice: "No menos esperamos que el primer olor de Jesucristo en la Septentrional América lo exhale la segunda Rosa con las mismas fragancias de la

<sup>5</sup> Francisco Pardo, *Vida y virtudes heroicas de la Madre María de Jesús, religiosa profesora en el Convento de la Limpia Concepción de la Virgen María en la ciudad de Los Angeles*, México, Imp. por la viuda de Bernardo Calderón, 1676.

<sup>6</sup> Francisco Pardo, *op. cit.* Prólogo, s/p.

<sup>7</sup> Diego de Lemus, *Vida, virtudes, trabajos, favores y milagros de la Venerable Madre Sor María de Jesús, angelopolitana religiosa, en el insigne convento de la Limpia Concepción de la Ciudad de los Angeles en la Nueva España y natural de ella...*, León, a costa de Anisson y Pascual, MDCLXXXIII.

primera, el candor de nuestra venerable, a quien el candor, inocencia y simplicidad simbolizan candidísima azucena". Y añade en ampuloso párrafo: "En las columnas de Salomón se enlazaban las azucenas con las rosas: que gloria será de ambas Américas, cuando en aquellas columnas, que son las armas de aquel nuevo y más dilatado Orbe, vengan a unirse por la meridional, una rosa, y por la septentrional, una azucena".<sup>8</sup>

En 1683 Andrés Sáenz de la Peña publicó, según Beristáin, una obra titulada *Vida de la venerable madre María de Jesús, Angolopolitana religiosa profesa del convento de la Concepción de Puebla de los Angeles*.<sup>9</sup> Desgraciadamente no la hemos localizado.

De esta mujer novohispana se ocuparon, además de los biógrafos citados, los más ilustres obispos de Puebla. Desde el ilustrísimo Alonso Mota (1606-1625), que ordenó a Sor Agustina de Santa Teresa escribir cuanto indagase de María de Jesús, siguiendo después el ilustrísimo Gutierre Bernardo de Quiroz (1627-1634), que tuvo temor a sus escritos y el ilustrísimo don Juan de Palafox y Mendoza (1639-1649), quien la admiró tanto que, al ser trasladado a Osma, se llevó copia de los escritos de Agustina para que con ellos el más famoso de los escritores católicos de la época, el padre Eusebio de Nieremberg, escribiera una biografía. Propósito que la muerte de éste frustró.

Finalmente fue tal la fama pública alcanzada por María de Jesús que el ilustrísimo don Diego de Osorio de Escobar y Llamas (1656-1673), en 1661, mandó hacer las informaciones para introducir su causa de canonización, obra que prosiguió en 1695 el ilustrísimo don Manuel Fernández de Santa Cruz (1676-1699). Pero no sólo la Iglesia y la gente culta se interesaron en ella, fue toda la sociedad poblana, es decir, el pueblo todo, el que manifestó a través de las informaciones su interés, su aprecio y su agradecimiento hacia aquella sencilla mujer de quien se consideró favorecido y a quien veneró como protectora de la ciudad de los Angeles.

Pues bien, ninguna biografía de María de Jesús podría haberse escrito sin la obra que contiene toda la información de su vida mística: los escritos de Agustina de Santa Teresa. A su obra entraron a saco todos, desde el primer biógrafo, Francisco Pardo, hasta Félix de Jesús, sin darle más valor que el de una fuente de información, pero sin ocurrírseles publicarla.

<sup>8</sup> Félix de Jesús María, *Vida, virtudes y dones sobrenaturales de la Venerable sierva de Dios la madre María de Jesús, religiosa profesa en el monasterio de la Puebla de los Angeles, en las Indias Occidentales*, Roma, Imp. Joseph y Phelipe Rossi, MDCCLVI.

<sup>9</sup> Beristáin y Souza, *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*, op. cit.

Se desconoce quiénes fueron los padres de Agustina, por lo tanto no sabemos ni sus apellidos. Conocemos que pertenecía a familia "noble", no de título, de la ciudad de Puebla. Esto nos lo confirman las menciones que a su parentela se hacen en las biografías de María de Jesús.

De muy joven entró al convento de carmelitas de aquella ciudad, empero no pudiendo soportar la dureza de la regla, antes de profesar se cambió al convento de la Inmaculada Concepción, que en febrero de 1593 había fundado el licenciado Leonardo Ruiz de la Peña.

No fue Agustina en un principio muy afecta a María de Jesús, pues el continuo silencio y la vista baja de ésta la hacían aparecer ante sus ojos novicios como intratable. Sin embargo, años después, atraída por las virtudes que empezó a descubrir en ella, buscó la amistad.

Según todos los biógrafos, un día ocurrió en el convento algo extraordinario: una hostia consagrada voló del copón hasta el lugar donde estaba arrodillada María de Jesús, quien por orden de una caprichosa abadesa no podía acercarse a comulgar. El hecho conmovió al convento y atrajo la inmediata e inquisidora mirada del obispo, quien ordenó poner centinela de vista para vigilar si había intervención demoniaca en el suceso. El vicario de religiosas, doctor Antonio Cervantes Carvajal, buscó por orden episcopal a una religiosa del propio convento que reuniese "convenientes y oportunas cualidades a fin de que informase por escrito, sin reservar la mínima circunstancia que no le registrasen a sus ojos, 'con ponderación madura y cabal'": La elegida fue Agustina de Santa Teresa porque en ella se reunían las condiciones por "lo adecuado de su verdad, juicio y discreción".<sup>10</sup>

Agustina recibió además de la orden del obispo una instrucción del confesor de María de Jesús, el padre Miguel Godines, S.J.,\* para que conforme a ella fuera escribiendo las virtudes de su heroica compañera. Aceptó por obediencia.

Voy a tratar de reconstruir la obra perdida de Agustina, reproduciendo los textos que se le atribuyen en las diversas biografías. En las primeras páginas Agustina explica cómo empezó a escribir:

Yo con continuas oraciones, aunque tibias, suplicaba a nuestro Señor, que si de esto se servía, me diese su gracia, y si no era su voluntad, que no me diera lugar, ni permitiera que tal hiciese;

<sup>10</sup> Félix de Jesús María, *op. cit.*, lib. 1, cap. xv, p. 60.

\* El padre Miguel Godines, jesuita, estuvo muchos años en América, siendo aquí distinguido maestro y confesor de varias místicas.

porque yo, aunque veía que la vida de esta Sierva de Dios era vida santa, nunca tuve tal intento; últimamente un martes a veinte y nueve de marzo del año de mil seiscientos, y treinta y tres, habiendo yo comulgado, dije a esta Sierva de Dios, que me encomendase a Su Majestad, que tenía una necesidad; y me dijo, que en mi corazón había visto a nuestro Señor, y le había dicho que me ayudaría: sin decirle yo lo que era.<sup>11</sup>

Su falta de práctica en escribir y lo arduo del tema mismo hicieron que los principios fueran tan dificultosos a la nueva escritora que dice Félix de Jesús María:

...al segundo renglón borraba el primero y así de uno a otro venía a tacharse toda la plana... Daba principio a nueva hoja y aquí añadiendo y allí borrando, formaba un laberinto de caracteres en que no se podía sacar el hilo de los renglones... y al fin dice su biógrafo, de aquel escrito intrincado de taches, rayas y borrones lo que sacó en limpio fue hacerle mil pedazos y hacerse otros tantos su cabeza, aturdida en buscar el modo de poner en escrito sus conceptos.

Hasta que un día, sorprendida en su escondida tarea por María de Jesús, fue invitada por ella misma a proseguirla diciéndole:

Ambas, hija, cumplimos con la obediencia; tú con la de el Prelado, que te manda, que no me manifiestes nada, y yo con la de Dios, que gusta, que se escriban las maravillas, que por su infinita bondad ha obrado, y obra en esta vil criatura; y así bien, puedes proseguir de aquí en adelante sin recelo, pues es voluntad de Dios, que yo te descubra a ti las mercedes, que me ha hecho, y hace, para que tú las escribas.<sup>12</sup>

La propia María de Jesús empezó a dirigirla en la forma como debía hacerlo, ordenándole en primer lugar que no escribiera conforme a los puntos señalados por el padre Godines, sino conforme al estilo que Dios le diera a entender, pues en esta forma le sería fácil hacerlo. Le explicó también que debía escribir sólo la verdad de cuanto le dijese, pues con la verdad todo le sería claro, que su primer error nacía de haber escrito cosas "no tan exactas a la verdad", pues Dios no reina en las tinieblas sino en la luz y en la verdad. Así, la verdad honradamente vivida y trasladada al papel se vuelve el norte de esta historia.

<sup>11</sup> Félix de Jesús María, *op. cit.*, lib. I, cap. xv, p. 62.

<sup>12</sup> Félix de Jesús María, *op. cit.*, lib. I, cap. xv, pp. 60-63.

A partir de entonces, la mano de la sencilla Agustina corría sobre el papel con la misma rapidez que dictaba el entendimiento. Su fuente de información se había abierto francamente pues María de Jesús comunicaba a Agustina, su secretaria, las mortificaciones, virtudes, obras, circunstancias y cartas —como ella decía— y servicios con que había correspondido a las inspiraciones, regalos y finezas excesivas de Nuestro Redentor y lo mucho que la había favorecido en esta vida, derramando abundantes lágrimas en la confesión de lo que ella llamaba sus grandes pecados.

De estas confidencias salió la obra intitulada *Tratado de la vida y virtudes de la Madre María de Jesús*.

Dice el padre Lemus que estos escritos de Agustina no tenían orden ni distinción de materias, porque ella anotaba las cosas como se le ofrecían sin trabazón en los sucesos "...porque ella sólo escribía para conservar memorias".<sup>13</sup> Yo pienso que Agustina escribió "para conservar memorias" con la humildad de aquellas mujeres que sabían que sus obras no iban a publicarse, y redactó tal cual la información recibida, pero creo que si ella hubiera tenido oportunidad de revisar sus apuntes para publicarlos, los habría ordenado bajo diferentes temáticas y esto es lo que yo haré para que el lector conozca y valore sus escritos.

De la oración en María de Jesús escribe su secretaria:

El Señor la hizo esta gran misericordia, que en todos los tiempos, y en todos los lugares estaba en oración, comunicando su Alma con Dios. Un día me dijo, que no era capaz de entender lo que le decían, y hablaban, sino siendo ayudada particularmente del Señor. Su Majestad la tenía tan absorta en sí, que solía preguntarla alguna cosa, y cuando esperaba, que me respondiese, me decía, que nada había oído, que se lo volviese a decir.<sup>14</sup>

Agustina no dice más de la oración mental. Su silencio lo explica, sin pretenderlo, el sabio maestro de la mística teológica,<sup>15</sup> el padre Miguel Godines cuando dice:

<sup>13</sup> Diego de Lemus, *op. cit.*, Prólogo, s/p.

<sup>14</sup> Félix de Jesús María, *op. cit.*, lib. II, cap. IX, p. 128.

<sup>15</sup> Miguel Godines, *Apuntes de la vida de la Madre María de Jesús*. Inédita. Transcrita en parte por el P. Félix de Jesús María, pp. 128-129. Copia del original, en el proceso de canonización que existe en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid.

Diversas veces hablé a la Madre María de Jesús de esta materia de su oración, y con tener tan lindo entendimiento, llegando a querer explicarse en esta materia, la hallaba como bozal, sin poder explicar con palabras las obras maravillosas de Dios; y así la examiné por interrogatorio, que la hice por escrito en esta materia.

Seguramente por esta razón no podía exponer a su amiga el altísimo grado de oración, porque, como dice San Juan de la Cruz, "es un saber no sabiendo toda ciencia trascendiendo". El padre Godines, en su obra *Práctica de la Teología Mística*,<sup>16</sup> la coloca a la misma altura "de los Álvarez, Arios, Puentes y otros señalados maestros" de la mística, y usó diferentes caminos para sacarle algo que luego escribió diciendo:

Lo primero la comunicó Dios en grado heroico, fue el don de la oración mental con una continua presencia de Dios, con la cual de ordinario su Alma no perdía de vista a Dios. Esta Oración tenía mucha variedad, y aunque lo ordinario era meditar la Pasión de Cristo, y sus pasos, en la oración extraordinaria subía de la meditación a la contemplación con principio infuso, infundiéndola Dios una cualidad sobrenatural, la cual a manera de una llama luminosa con claridad alumbraba, y elevaba el entendimiento, y con su color espiritual, y sobrenatural, perfeccionaba, y ablandaba la voluntad, y de esta manera se unía con su Dios con toda el Alma, con todas las potencias, y con todas sus fuerzas. Al principio tenía muchos éxtasis, pero pasado aquel tiempo tuvo más alta oración sin ellos, que con ellos y así, en los últimos tercios de su vida tuvo un amor injerto en dolor y al paso, que eran sus dolores, eran sus amores y favores divinos, sana o enfermiza, en la cama o fuera de ella, no dejaba de orar y aunque tenía los sentidos atentos y se ocupaban a veces en los objetos exteriores oyendo, viendo y sintiendo las cosas necesarias, no por eso dejaba de tener interiormente oración y las más veces con una sencilla vista contemplativa, que le daba su buen Esposo el amable Jesús, ardía en su voluntad un fuego de amor divino, con que interiormente se abrazaba, los gemidos y suspiros interiores y exteriores, espirituales y corporales eran muchos. Con todo eso, jamás faltaba a las oraciones vocales de obligación.<sup>17</sup>

<sup>16</sup> Miguel Godines, *Práctica de Theologia Mystica*. Sácala a Luz Juan de Salazar Bolca, Pamplona, Imp. Juan Joseph Ezquerro, 1704, lib. vi, cap. xv.

<sup>17</sup> Félix de Jesús María, *op. cit.*, lib. II, cap. IX, p. 128.



*Raptos y éxtasis*

La pluma de Agustina que tan escuetamente nos habla de su oración, se muestra pródiga cuando relata los raptos y éxtasis de su compañera.

En esos escritos redactados con sincera fidelidad a María de Jesús lo sobrenatural nos parece natural, lo extraordinario se hace ordinario, porque para ella uno y otro son igualmente verdaderos.

Era ordinario el ver la venerable madre a Nuestro Redentor Jesucristo dentro de su corazón, unas veces como niño, otras en la representación de diferentes pasos de la sacratísima Pasión, aunque las más de las veces lo veía crucificado. Era tan repetido en todos tiempos, y en todos lugares esa presencia visible de Dios, la Virgen, los ángeles y los santos que apenas se pasaba un día, que no la visitase tres o cuatro veces, y otros días duraban las visitas desde la mañana hasta la noche.<sup>18</sup>

En sus páginas nos relata cómo en una noche de la Vigilia de la Ascensión, no pudiendo físicamente ir al coro por encontrarse muy enferma, se puso en oración en su cama y de allí fue arrebatada en éxtasis al dicho coro, en donde vio a numerosos ángeles que arreglaban hermosamente los asientos de las monjas y un gran trono para la prelada, que ocupó la Virgen María. Vio después entrar a las religiosas que recibían de manos de los ángeles, ramos de flores y pasaban a ocupar sus sitios. Y entonces los ángeles y las monjas cantaban celestiales melodías.

Ella sin poder contenerse más corrió a los pies de la Virgen María quien la bendijo diciéndole: "Ve hija y discurre con tu ángel custodio todos los espacios por donde él te llevare. El ángel la transportó a un delicioso campo donde Dios le dio a conocer 'particulares inteligencias por medio de jeroglíficos'".\* El demonio se oponía a que traspasase una gran puerta que se hallaba al final diciendo:

Ninguna criatura que vive en carne mortal, entra aquí, porque este lugar, es de solos los que habiendo pasado de la vida purificados de sus culpas, no han tenido tan grandes deseos como debieran de ver a Dios; y purificados aquí son llevados al Cielo.<sup>19</sup>

<sup>18</sup> Félix de Jesús María, *op. cit.*, lib. III, cap. IV, p. 244.

\* Es decir, símbolos.

<sup>19</sup> Diego de Lemus, *op. cit.*, lib. IV, cap. XII, p. 420.

Pero María de Jesús entró y allí recibió la vestidura que el creador le concedió con la pureza que había alcanzado en el bautismo.

En el capítulo x de sus apuntes, Agustina relata el más extraordinario éxtasis de su compañera. Estando en oración pidiendo a Dios por las necesidades de diversas personas y en especial de su confesor, "fue arrebatada en éxtasis y conducida a un lugar cuya belleza hace suponer el cielo".

La misma Virgen María salió a recibirla abrazándola. Ella hizo lo mismo y con la confianza que le tenía le preguntó: "Madre mía, ¿cómo estando vos gloriosa, os siento entre mis brazos, tan palpable, como otro cualquier cuerpo?"

A lo que la Virgen contestó: "Hija mía estoy en cuerpo y alma en el cielo".\* <sup>20</sup>

En este éxtasis vio a distancia el trono de la Virgen María y a sus lados infinidad de almas de todas las órdenes religiosas. A grandes santos jesuitas como San Francisco Xavier y otros mártires y predicadores.

Se le manifestó que el sitio más inmediato a los apóstoles era ocupado por aquellos que imitándolos propagaban como ellos la fe de Cristo. Vio después el concierto de las dos iglesias, la triunfante y la militante y en ella a muchas personas que aún vivían, una de las cuales era su confesor. Al verlo oyó que la Virgen le decía: "Hija, dile a este siervo mío, que yo le admito por hijo y por tu hermano y porque es fiel siervo mío".<sup>21</sup>

Después de esto la Virgen María la bendijo y devolvió a los ángeles ordenándoles:

Llevad a mi hija amada, con toda vigilancia, y cuidado, guardadle de que reciba daño alguno y mirad, que no le hagan pesadumbres, ni estorbo las criaturas adversas en el viaje, de tal suerte, que lleguéis a ponerla otra vez en su convento sin lesión alguna, incomodidad o fatiga. Aquí, cogiéndola en palmas los ángeles, más veloces que los aires mismos, sacaron a la madre María de Jesús de aquel sitio o de aquel cielo y llevándola por diferentes climas, la pasaron por cierto rumbo, o territorio tan áspero, horroroso y confuso, que todo él estaba poblado, lleno y tupido de toscos peñascos, lóbregas cavernas, erizados crestosnes y profundas obscuridades, de tal modo que las quiebras o

\* Notable es aquí la conciencia eclesial del dogma de la Asunción de María

<sup>20</sup> Diego de Lemus, *op. cit.*, lib. IV, cap. XII, p. 415.

<sup>21</sup> Félix de Jesús María, *op. cit.*, lib. III, cap. III, p. 236.

cóncauos de estas peñas mostraban y hacían patente a la vista una infinita tenebrosidad, y hondura sin término, que remataba en un piélago inmenso de ardientes llamas, donde vio esta Esposa de Cristo tan copiosa muchedumbre e innumerable espesura de demonios que estaban unos en los bajos,\* otros a los lados y otros en los remates de aquellos picachos y grutas espaciosas, y en todas las partes vecinas a la profundidad referida, de cuyos feos y abominables visajes, espantosos aspectos, y grimosas figuras, no dejó de recibir alguna turbación la Madre María de Jesús, mayormente por ver que era tan grande y espacioso aquel caso o seno obscuro en que habitaban, que con ir la sierva de Dios sustentada y tan bien defendida en las manos de dichos espíritus angélicos, que veloces, y ligerísimamente la llevaban, tardó mucho tiempo en pasar aquel abismo de horrores y lugar de crujías y tormentos; desde cuyo centro lóbrego y huecos tristes daban voces los demonios, que estaban abajo, diciéndoles a los espíritus malos, que se hallaban arriba: coged, coged a esa monja, traédla, heridla y atormentádlá.

Éstos de la parte alta y orificio, o entrada de aquella fosa profunda, amagaban a querer asirla, y se abalanzaban a el rigor de ofenderla y como atrevidos lobos y arrojados leones llegaban tan cerca de la madre María de Jesús, que aseguró, que entonces le parecía, que solamente les faltaba a los enemigos la corta distancia de cuatro dedos para darle alcance y ejecutar en ella sus ímpetus infernales; mas siendo la ferocidad de estos monstruos cruelísimos tan sumamente atroz o brava allí, defendiendo a su esposa, la manutención de Dios por medio de los ángeles. Pero acordándose de que la Reina del Impíreo, María Santísima, les había mandado a los dos cortesanos del cielo, que la conducían, que no permitiesen, que la sobresaltase, ni afligiesen las contrarias fuerzas, hostilidades e invasiones alevosas del camino, perdió el recelo y recobró el ánimo; aunque como piadosa alma y compasiva criatura, no dejó de sentir lo que juntamente vio y admiró su ternura en aquel dilatado calabozo y misérrimo baratro,\*\* y fue esto: que al tiempo que iba pasando por este lugar, con ser que tardó muchas horas en pasarlo (aquí convocó las atenciones de los perdidos, aquí solicitó las advertencias de las almas olvidadas de Dios, aquí deseó vigilante la consideración mía y de todos los pecadores que delinquimos sin recelo, y pecamos sin enmienda) vido la madre María de Jesús, por largo tiempo que se estuvo en pasar el lago horrible, y extendidísimo que se ha mencionado, caer en aquellas mazmorras, y sus penas perdurables tantas almas presitas\*\*\* y condenadas a aquel

\* Arcaísmo: bajos.

\*\* Infierno.

\*\*\* Presas.

fuego eterno, que como una lluvia incesante o un aguacero de granizo muy espeso, y tupido iban cayendo apiñadas en el infierno. Lo cual le causó a la esposa de Cristo grande lástima y íntimo dolor. Y debe causarnos a los que todavía vivimos en el mundo, un despierto cuidado, un temor crecido, y un avisado como perpetuo escarmiento. Llegó en fin la madre María de Jesús, al extremo u orilla de esta concavidad de espantos, de dolores y lamentos, tan terribles como la misma que la llegó a ver sola la pudo declarar. De allí la llevaron los ángeles a otros diferentes, y remotos climas, los cuales eran tierras de infieles, donde descubrieron sus ojos muchas riquezas, profanas pompas, sobrados placeres, amenas arboledas y agradables frutas. Después de haber visto los gentiles, y paganos, que habitan en estos estalajes,\* en forma de hombres, dentro de breve rato los miró en figuras de brutos, fieras y animales de diferentes apariencias, talles y deformidades, conforme a los vicios, que cada uno de ellos frecuentaba y ejercía. Advirtió juntamente que en todas aquellas partes y regiones, andaban muchos demonios esperando a aquellos miserables y desdichados hombres para llevarlos a las llamas eternas. Después la condujeron los propios paraninfos\*\* alados, por los reinos y provincias de los cristianos, de éstos muchos vio la esposa de Cristo, que se manifestaban, a la vista en aquella forma brutal, o figura, que significaba el pecado, o vicio en que ellos andaban divertidos, salvo que a los cristianos los veía cercados (aunque fuesen pecadores) con una luz resplandeciente y clara y también de esta claridad misma vio rodeadas las tierras en que habitaban los católicos; pero esta luz solamente rodeaba los territorios de la cristiandad, y no los países o climas de los paganos.<sup>22</sup>

Pasó después a un sitio de menor asombro, el purgatorio, donde halló a su esclava,\*\*\* muerta muchos años antes. Finalmente llegó a un lugar donde se competían las bellezas y las claridades. Vio en él levantado un suntuoso sitial colocado sobre una sublime eminencia en que se sentó el príncipe de las Eternidades, descubrió gran número de celestiales espíritus y santos y a su madre adornada con una preciosa vestidura de gloria, resplandores y luces que puestas al lado del ángel de la guarda de su hija, miraba con grande atención lo que sucedía.

El Señor digiriéndose a ella le dijo:

Por la intercesión de mi santísima Madre, y por mis méritos,

\* Estancias.

\*\* Padrinos o anunciantes de felicidad.

<sup>22</sup> Francisco Pardo, *op. cit.*, tratado II, cap. III, ff. 76-77.

\*\*\* María de Jesús tenía una esclava para su servicio personal, según costumbre de la época.

con mi gracia, y favor has padecido en todos los lugares, que has visto que muy pocos santos los han pasado todos juntos. Esta gran merced te ha sido concedida, por la intercesión, de mi Madre, que siempre me está pidiendo por ti.<sup>23</sup>

El ángel relató ante el trono de Dios la vida y trabajos que la sierva de Dios había padecido en unión de los méritos de Cristo.

Vio María de Jesús que de su propio cuerpo salían rayos de luz y se halló vestida con incomparable lucimiento.

El señor le dijo:

Mira, esposa, cuál destas dos vestiduras quieres. Respondió la madre María de Jesús con humildad profunda a esta oferta: si te agrada, Señor, y Esposo de mi alma, escojo la que ya tengo puesta, para mi único consuelo y decente adorno. Tuya es la gracia (prosiguió el Salvador) pero adviértote: que ésta que miras en mi Trono, es la investidura o gala de la gloria, la cual corresponde a esa túnica de rayos y hermosura de que agora te hallas vestida, como del adorno de la gracia, en señal de que después de tanta gracia, como adquieres y vas agregando por tus trabajos, penalidades y mortificaciones, te espero en mi reino celestial para glorificarte vistiéndote de este ropaje lucido, de este ornamento cándido, eterno e infinitamente delicioso, que miras.<sup>24</sup>

Reconocida la madre María de Jesús a tanto y tan extraordinario beneficio, se postró humilde y dio las gracias alegre al dueño de su alma. Después preguntó al Ángel Custodio:

¿Qué sitio o espacio ameno viene a ser aquel que, en poco tiempo antes, vi a mis conventuales profesas en el instituto de la Limpia Concepción? ¿Qué contorno aquél que (según tú me declaraste y diste a ver) estas vírgenes ocupaban? Cuyo apacible asiento, claridad serena y quietud deleitosa, me llevó la atención y ahora me da motivo a saber de ti, ¿cuál es aquel territorio, cuya aquella posesión y de quién aquella gozosa felicidad? Porque según advertí cuando por allí me trajiste, vi a las monjas de mi convento entre las muchas que profesan este instituto y las primavera floridas de aquel sitio. El ángel le respondió, diciéndole: aquel feliz estalaje, sabrás que es el espacio estrecho de la clausura, donde las religiosas, que divisaste allí de tu monasterio, siguen el camino de la perfección, observando exacta

<sup>23</sup> Francisco Pardo, *op. cit.*, tratado II, cap. III, ff. 124-125.

<sup>24</sup> Francisco Pardo, *op. cit.*, tratado II, cap. II, f. 125.

y puntualmente los preceptos de Cristo Esposo suyo Soberano y también las obligaciones y votos de la religión, atentas siempre a los desvelos de servir a Dios, mortificándose en sus pasiones y ejercitándose en las virtudes. Y porque tengas más individual noticia de todo lo que en este viaje han visto tus ojos, te hago saber que los otros pasajes, que miraste angostos, lóbregos, ásperos y oscuros, denotan las apreturas, ahogos y descomodidades grandes, que tú misma has pasado, haciéndote lugar entre tantas amarguras y sinsabores, para que poseas eternamente los premios, que se te afianzan y libran en tan inmensos trabajos, persecuciones y fatigas, como has tolerado y sufrido por el amor de tu divino Esposo.<sup>25</sup>

María de Jesús volvió en sí bañada en lágrimas y dando humildísimas gracias al Señor por los favores que sin merecerlo le hacía.

El relato de este éxtasis, que no es un invento de los biógrafos sino una versión fiel de lo que Agustina escribió, puesto que todos concuerdan punto por punto, lleva al lector a pensar en las descripciones de la *Divina Comedia*.<sup>26</sup> Seguramente Agustina no leyó nunca la obra de Dante, pero vivió a tres siglos de distancia ese concepto de las postrimerías cristianas que desde la Edad Media habían estado en los escritos de innumerables teólogos y moralistas.

Hay una serie de elementos que nos hacen pensar en ambos, como el hecho de sentirse vivos y poder penetrar en el mundo de los muertos por permisión divina, o bien las descripciones de aquellos sitios y la necesidad de un guía protector para poder deambular en ellos sin extravíos: Virgilio y el Ángel Guardián. La idea de la Virgen María como "la mujer que en el cielo dulce ruega" es similar. Ambos ven en el purgatorio a personas que conocen y contemplan la caída en el infierno de "los que al morir, perdón de Dios no tienen", en tan gran número que al florentino le son "como las hojas del árbol que caen en el otoño", mientras a María de Jesús le parece que "cual lluvia incesante o un aguacero de granizo espeso iban cayendo apiñados en el infierno".

Todo esto es coincidente en ambos, porque los dos comparten el concepto de las postrimerías del hombre. Veamos ahora su disparidad: en Dante la obra tiene un fin político y moralizador; en María de Jesús y en su secretaria, Agustina de Santa Teresa, este escrito sólo pretende una ejemplaridad moralizadora, mostrando la importancia

<sup>25</sup> Francisco Pardo, *op. cit.*, tratado II, cap. II, f. 126 vta.

<sup>26</sup> Dante Alighieri, *La Divina Comedia. La Vida Nueva*, Madrid. Aguilar, S. A., 1967.

del cumplimiento de los mandamientos de Dios, del ejercicio de las virtudes y la mortificación de las pasiones para alcanzar la eterna felicidad en el paraíso celestial.

*La Divina Comedia* es producto de un hombre general que vive arduas luchas políticas, cuya cultura e imaginación lo llevan a manifestar su pensamiento y sus intereses en la forma literaria del verso.

La obra de las dos mujeres novohispanas que intervienen en estas páginas es el resultado de un éxtasis que se manifiesta por orden de Dios a los hombres en forma de sencilla prosa, escrita a vuela pluma.

Los creyentes aceptarán esta idea del éxtasis como realidad vivida por María de Jesús, como lo aceptó la Inquisición cuando pasaron por su censura los escritos de Agustina. Los no creyentes, pensarán que es producto de una imaginación exaltada por lecturas y consideraciones hechas en la llamada oración mental.

Ambas posiciones son irreductibles porque entran en ello elementos de fe humana que no son discutibles. Créase lo uno o lo otro, el caso es que Agustina de Santa Teresa nos deja páginas extraordinarias, con descripciones de altos vuelos imaginativos que encierran valor literario y muestran la hondura de su pensamiento en cuanto a su concepto de vida que traspone lo temporal y de una moral en donde las acciones humanas tienen una valoración que sobrepasa a los hombres mismos y sólo queda en los juicios de su Creador.

Por ello mientras Dante camina, María de Jesús vuela "más veloz que los aires mismos" en manos de los ángeles y mientras uno interroga a Virgilio —hombre al fin— sobre el mundo que descubre imaginariamente, ella inquiere al ángel —criatura sobrehumana— en el lugar donde compiten bellezas y claridades, contemplando el trono del Señor, vestida de luz de gracia. Dios no es, como para Dante, el Dios que se pretende entender por los caminos de Santo Tomás, sino el místico esposo al cual lleva el amor.

Dante pensó ante tales espectáculos caer desfallecido varias veces. De María de Jesús, "quedó en el cuerpo y en el espíritu con tan sensibles resultas de lo que había visto, que en mucho tiempo no se pudieron sosegar las tímidas pulsaciones del corazón, ni volver al semblante el color perdido, ni serenarse la turbación de los ojos".\* 27

Los éxtasis y raptos de María de Jesús en que el Señor le elevaba el entendimiento y la voluntad eran tantos que por excusar su aplauso pidió a Su Majestad se los quitase en público.

\* El relato que hace Pardo del éxtasis es más largo y detallado; Lemus lo abrevia y Félix de Jesús lo corta quitándole el último episodio celestial.

27 Félix de Jesús María, *op. cit.*, lib. III, cap. III, p. 239.



14. La famosa Sor María de Jesús de Agreda, mística española





15. Retrato de la V.M. María de Jesús de Puebla. Colección particular



16. Sor Agustina de Santa Teresa. Museo Nacional del Virreinato



*Oración vocal*

Agustina de Santa Teresa escribe:

Cuando por estar en la cama, o tan impedida, que se hallaba necesitada de rezar el Oficio Divino fuera del coro, lo rezaba con mucha devoción; y esto lo sentía tanto, que muchas veces la vi derramar lágrimas.<sup>28</sup>

Dedicaba mucho tiempo en oraciones a la Virgen María por quien tenía desde niña una profunda devoción. En una ocasión se le representó en "un sitio lleno de gloria" desde el cual habló a la monja diciendo:

"Hija querida mía, mucho gusto y servicio me harás si fundas en esta comunidad de vírgenes de mi Concepción mi Cofradía del Rosario, de lo cual resultarán grandes bienes y utilidades para el logro de las almas."<sup>29</sup>

Día a día se extendió esta devoción por los numerosos devotos que se asentaron en la Cofradía. Uno de ellos, hermano de la madre que donó la imagen que sería la titular, le construyó a sus expensas un hermoso colateral "en cuyo centro o concha se engastó la propia imagen a un lado del Coro", según relata Pardo.

*Retiro completo del mundo*

Los escritos que de Agustina conocemos no narran los episodios de la vida diaria sino sólo las grandes motivaciones de las actitudes de María de Jesús frente a la vida. Así, por ejemplo, en este tema de su aislamiento, los biógrafos son pródigos relatándonos las dificultades que tuvo en alejarse de los intereses mundanos de su padre, quien no conforme en que fuese monja, le llevó a la reja al pretendiente con quien quería desposarla. Poco antes, otro joven, enamorado de su belleza, la acusó de haberle prometido matrimonio para evitar que la admitiesen a profesión, y uno más, so pretexto de pedirle ayuda espiritual, solicitaba su presencia en el locutorio, hasta que descubriendo ella que el interés era en su persona, "guardó frente a él tal silencio y

<sup>28</sup> Félix de Jesús María, *op. cit.*, lib. II, cap. X, p. 132.

<sup>29</sup> Félix de Jesús María, *op. cit.*, lib. I, cap. XVIII, p. 76. Las palabras de Pardo son más floridas en este texto.

mantuvo su espíritu tan en Dios", que el joven tachándola de grosera no volvió.

Agustina de todo esto sólo dirá:

Tuvo la Sierva de Dios toda su vida el estilo con las criaturas de no querer saber cosa alguna y si alguna llegaba a contarla algo, todas las veces que no fuese para bien del alma o del servicio de Dios, procuraba apartar el discurso, para que en su presencia no se tratase cosa, la cual no fuese ordenada al fin que he dicho. Muchas veces me decía: ¿Qué nos importa saber, ni tratar de otra cosa, que servir a Dios? y me suplicaba que nada le contase de cuanto pasaba en el convento, o fuera de él y si su sirviente la contaba alguna cosa, la reprendía y la hacía que callase.

En el silencio fue observantísima, y tanto que solía yo no haberla visto en todo el día, y llegando a hablarla me decía, que guardase silencio.<sup>80</sup>

#### *El servicio de Dios*

Un día, fiesta de la Ascensión, le pidió a Cristo triunfante la enseñase cómo debía ocupar el resto de su vida para servirle, a lo que el Señor apareciéndosele, le dijo:

Hija, tu ejercicio será guardar mis mandamientos y tu Regla ejercitarte en las virtudes.

Haciendo esta sierva de Dios el examen de conciencia recapitulando los diez mandamientos, los votos, Regla y Constituciones, para ver en lo que hubiese faltado, para pedir perdón a Dios y enmendarse, vio muchas veces diez gradas o escalones de cristal, los cuales desde la tierra llegaban hasta el Trono de la Santísima Trinidad y otros cuatro al lado derecho de la misma manera. Habiéndolos visto repetidas veces, suplicó a Nuestro Señor humildemente se sirviese de darla a entender qué cosa significaban estos grados. La fue declarado por Su Majestad, que los diez escalones significaban los preceptos de su Santa Ley y los otros cuatro los votos, que las religiosas cumplían.<sup>81</sup>

<sup>80</sup> Félix de Jesús María, *op. cit.*, lib. II, cap. XVI, p. 174.

<sup>81</sup> Félix de Jesús María, *op. cit.*, lib. I, cap. XIV, pp. 55-56.

Y añade:

Este escrupuloso celo en el cumplimiento de sus deberes fue lo que la hizo pedir la suspensión de los éxtasis con que Dios la favorecía. "Señor suspended vuestros favores en la oración cuando ésta me embarace el cumplir con lo que me manda la obediencia." Dice Agustina: que estaba tan conforme con la voluntad de Dios que de cualquiera manera la tratase, siempre la hallaba dispuesta a hacer su voluntad, a la cual estaba tan rendida en lo próspero, como en lo adverso, y más contenta estaba cuando el Señor la enviaba trabajos y dolores, que cuando la regalaba. Y tenía el corazón tan despegado de los regalos y consuelos del Señor, que jamás le pedía cosas que fuese para propio alivio.

### *Caridad con todos*

En esta biografía en la que todo lo que sucede es tan extraño a nuestra vida diaria, tan disconforme a nuestras mentes modernas que no sabe uno al adentrarse en su lectura qué terrenos está pisando en cada momento, pues la ciudad de la tierra y la de Dios están tan entrelazadas que se confunden y la mente tiene que hacer un esfuerzo para situarse nuevamente en esa Puebla del siglo XVII, y entre los añejos muros del convento de la Concepción, para comprenderla históricamente.

Volvamos a la celda de Agustina, quien mojando su pluma en el tintero escribe el relato que su amiga María de Jesús le acaba de hacer:

En una Vigilia de San Juan Bautista, al cual esta sierva de Dios desde su niñez tuvo gran devoción, en los maitines que se rezaban por la tarde, para que ya rezados se recreasen después las monjas, la hizo el Señor particulares favores, por haber estado su alma encendida en el amor de Dios, y haberla el Santo visitado.

Fue llamada por su nombre y volviéndose vio un ángel que le dijo: ve a tu celda, que allí te aguardo. Habiéndose levantado confusa, se fue a aquel lugar, que era el dormitorio más retirado, que hay en la casa y por la recreación, que ya he dicho, en la cual se divertían las monjas y las criadas, ninguna había en este dormitorio separado. Vio pues entrar una gran multitud de almas, que estaban abrasándose en las llamas. El ángel, que la había llamado, le dijo que Nuestro Señor le enviaba a decirle

que si quería padecer juntamente con aquellas benditas almas, para que por medio suyo se hiciesen libres de las penas que padecían. Ella le respondió que si el Señor la ayudase, se expondría con mucho gusto a la empresa. Entonces le dijo el ángel, que el Señor la ayudaría y en efecto se la apareció en aquel punto San Juan Bautista, el cual le dijo, que venía a propósito para asistirle. El ángel, pues, la puso en el fuego que padecían aquellas benditas almas, en el cual padeció los mismos tormentos, que padecían las almas. Éste fue uno de los mayores martirios que padeció en toda su vida así en el cuerpo, como en el alma. Me dijo, que no pensaba volver a vivir en este mundo.

Después de mucho tiempo que su criada la anduvo buscando, la halló medio muerta en aquel lugar y porque después de haberla llamado, por su nombre, y haberla tirado muchas veces, la sierva de Dios no se resentía, juntó allí muchas monjas, las cuales, pensando que fuese algún deliquio,\* la dejaron con Dios y ella no volvió al uso de los sentidos hasta las tres de la mañana. Pues desde la hora de las primeras vísperas de San Juan se hallaba en aquel miserable estado.

Es verdad que recuperó el uso de los sentidos, pero fue para sentir mayormente los dolores excesivos, que le quedaron en todo el cuerpo, en manera tal que la parecía se le hacían pedazos, sintiendo también ardientísimas llamas de aquel fuego. Las mismas benditas almas la dieron muchas gracias por cuanto había padecido y padecía todavía por ellas. Las cuales pasaron a la eterna bienaventuranza y quedó la sierva de Dios para padecer más. Y vio todas almas en manos de los ángeles, que las llevaban con mucha alegría al Cielo.<sup>32</sup>

Santa Teresa de Jesús relata haber tenido un conocimiento igual del purgatorio.

### *La caridad con el prójimo*

La debe haber relatado muy pormenorizada Agustina, pero los biógrafos no la consignan en textos íntegros sino sólo en frases sueltas para dar firmeza a sus relatos. En lo dicho por ellos vuelve a aparecer ese tinte especial de lo extraordinario que hay en todas las acciones de María de Jesús.

Excusábase María de Jesús, por razones de humildad, sobre cierta comisión que Dios le daba, diciéndole:

\* Desmayo, desfallecimiento.

<sup>32</sup> Félix de Jesús María, *op. cit.*, lib. 1, cap. xv, pp. 164-165.

Sed servido Dueño dulcísimo de mi alma, de despachar con este decreto y aviso vuestro, a otra religiosa, cuya virtud notoria y penitencia experimentada en este Convento, asegure el escarmiento y no descredite la legacía.

A lo que Nuestro Salvador le dijo: Prenda y Esposa mía atiende a las providencias de mi Sabiduría eterna: advierte, que yo crié a los ángeles tantos y tan compartidos en sus ocupaciones, que a unos paraninfos celestiales crié para que me asistan y alaben sin intermisión en el cielo; a otros espíritus alados formé en el principio del mundo, para que fuesen guardas y custodios de las almas y vivientes de la tierra y a otros para mensajeros utilísimos de las causas o conveniencias de los hombres. Conforme a esta distribución mía, más que todas las criaturas sabias, te escogí a ti, entre las almas justas que viven en la tierra para comunicarte mis secretos y para que hagas el oficio de embajadora mía, legada y ángel humano, en orden a diligenciar las utilidades de los hombres. Y para que a vista de los honores con que te favorezco, se animen las demás criaturas flacas a servirme, advirtiéndome todos en ti y en los agrados con que promuevo a tantas perfecciones, que me comunico a las almas más por amor, que por rigor.<sup>33</sup>

A partir de entonces María de Jesús se convierte en la protectora de todos los necesitados: repetidas las ocasiones llamó a la reja del locutorio a personas desconocidas descubriéndoles los pecados ocultos con que tenían ofendido a Dios, para que reformasen su conducta moral. La acción de María de Jesús para la reforma moral de diferentes personas la relata Agustina en varios párrafos entre los cuales hallamos éste:

“Lee los interiores” y conoce así las necesidades de los prójimos. Se biloca para encontrar a una niña perdida y llevarla a su casa sin salir de su convento.

Ayudaba a los navegantes que zozobraban en el mar, lo mismo que a los labradores cuyas cosechas peligraban, a la esclava enemiga suya, o a las demás monjas cuyas necesidades descubría, adelantándose así a ayudar sin que se lo pidieran. Por esto se le llegó a considerar después de muerta como la singular protectora de la ciudad de Puebla. A este respecto hay más de dos mil testimonios públicos que se guardan aún en España, en el Ministerio de Asuntos Exteriores de la ciudad de Madrid.

<sup>33</sup> Francisco Pardo, *op. cit.*, tratado III, cap. VIII, f. 167 vta.



Utilizó ese don que los místicos llaman de conocer interiores para consolar y alentar a sus prójimos.

Agustina nos cuenta cómo ella era un libro abierto para su amiga, que sabía lo que le pasaba siempre. En una ocasión viéndola preocupada, le dijo:

No te atribules, ni desasosiegues, hermana, porque ese temor indiscreto no viene a ser menos agencia que del común enemigo, y sugestión maligna de Satanás, con que procura acobardarte e impedirte el bien grande que logras, cuando tan frecuentemente comulgas y añadió, no dejes de recibir la comunión como solías, porque el enfermo ha de llegarse al médico con continuación repetida, para que lo restaure, lo aliente, cure y sane totalmente de sus dolencias. Ten por cierto, que no tienes ahora impedimento alguno que te de prudentes motivos para que te abstraias de la comunión. En este estado, en esta lucha, y en este conflicto se halla tu alma, y batallan allá dentro de ti tu devoción y tu cobardía. Yo sé y he visto patentemente ahora, que de la manera que la cera o la reliquia se guarda cuidadosamente dentro del cristal y óvalo de relicario, así guarda Dios, mira y defiende esa tu alma, que es por muchos títulos muy suya.<sup>34</sup>

En otra ocasión mientras Agustina leía algunas obras manuscritas de la madre Jerónima de la Asunción \* y su mente consideraba que se debían imitar las penitencias de dicha madre, María de Jesús se acercó y le dijo:

La mayor tentación es pensar, que esa sea tentación; porque de la manera que cuando se entra en un jardín, de cada mata se va cogiendo una flor y de todas se forma un vistoso ramillete, así de cada vida de los santos se ha de elegir una acción o virtud para componer nuestra vida.<sup>35</sup>

Los biógrafos nos relatan un episodio que debió repetirse muchas veces y que nos recuerda a los santos de la Edad Media como Bernardo de Claraval y sus compañeros.

Estaban las dos en la celda que compartían, hablando de cosas celestiales, alegres y llenas de gozos suavísimos, cuando "se suspendió la madre María de Jesús con semblante triste", al requerimiento de

<sup>34</sup> Francisco Pardo, *op. cit.*, tratado III, cap. VI, ff. 153-158.

\* Jerónima de la Asunción, ya mencionada antes, fue la fundadora del convento de Santa Clara de Manila, Filipinas. Según parece su vida y sus obras eran ya conocidas en Puebla, en donde las reeditó el padre Bartolomé de Letona.

<sup>35</sup> Félix de Jesús María, *op. cit.*, lib. III, cap. VII, p. 263.

su amiga volvió a los sentidos y le dijo: "Hermana, no conviene decirte ahora lo que he visto, porque te ha de causar grandísima pena". Pero ante la insistencia de Agustina añadió: "Aquí he visto un ángel, que a dos manos descarga trabajos sobre ti".<sup>36</sup>

Completó esta explicación sobre el futuro de su amiga, con el relato de una visión tenida en el coro, en la cual había visto a la Virgen María y al Niño Jesús que bajándose de los brazos de su madre se las tendía a la escritora con notable amor. Después de la cual le había sido relevado:

Que aquel agasajo cariñoso le hacía a la madre Agustina de Santa Teresa, por las obras de caridad en que se había empleado y asimismo porque quería suavizarle, con aquel abrazo, la resignación para que tolerase con magnanimidad los trabajos o angustias que en el tiempo venidero habían de combatirla.<sup>37</sup>

Agustina cuenta otra visión relatada por su compañera en la cual volvió a ser protagonista. María de Jesús vio el corazón de su compañera en las manos del Niño Jesús y oyó una voz que le decía:

Mira, Hija, el corazón que me ha dado Agustina: dila, con cuánta benignidad lo recibo, y tengo en mis manos, que mire, no me lo quite y que se prepare para padecer por mi amor muchos trabajos interiores y exteriores.<sup>38</sup>

Los biógrafos de María de Jesús dicen que esto se verificó en los graves problemas que sufrió por la célebre contienda del ilustrísimo Palafox y Mendoza con los jesuitas.

La estrecha relación de las dos jóvenes, que es ejemplo de las grandes amistades, nos muestra a la una, Agustina, como discípula y fiel confidente, y la otra, María de Jesús, como la maestra que no lo es por propia suficiencia, sino por disposición divina para el mayor bien de su amiga. Así le indicaba las obras que debía leer para ayudarse a alcanzarse la bienaventuranza. La alentaba a acercarse sin temor a la eucaristía. Empleaba su amistad en alentar a su amiga a vida de perfección instándola a conocer a Dios.

El siguiente relato de Agustina nos pinta más vívidamente aún esa participación en la vida mística que tenían la escritora y su biografiada.

<sup>36</sup> Francisco Pardo, *op. cit.*, tratado III, cap. IX, f. 176 vta.

<sup>37</sup> Francisco Pardo, *op. cit.*, tratado III, cap. IX, f. 177 vta.

<sup>38</sup> Felix de Jesús María, *op. cit.*, lib. III, cap. VII, p. 266.

Una noche de Navidad, dice Agustina, cantaba en el coro y mientras lo hacía, María de Jesús veía que en cada pausa salían de su boca "diferentes flores tan exquisitas en el bello y raro color de los matices y en la graciosa configuración de las hojas, que si tales no las produjo el paraíso, se debía decir que nunca fueron vistas en el mundo". El ángel custodio las recogió y, formando con ellas un ramillete, lo presentó al Niño Jesús.

Terminados los maitines de media noche, María de Jesús preguntó a su amiga Agustina qué sentía mientras cantaba, a lo que ella respondió:

Yo me puse a cantar, para que mi voz fuese oída del Cielo más sonora, en el nombre de Nuestra Santa Madre la Iglesia, cuantas las letras que pronunciaba, eran tantos actos de contricción, de humildad, de amor y de agradecimiento, que yo ofrecía con mi corazón, al Soberano recién nacido. Eran también tantos ruegos con que le pedía abundancia de gracia para los infieles, la conversión de los pecadores, la reducción a nuestra Santa Fe de los herejes y otras gracias y favores en beneficio de personas particulares.<sup>39</sup>

María de Jesús le explicó entonces cómo los deseos de su corazón se transformaban en flores ante Dios y las dos amigas terminaron aquella noche alabando las misericordias del Señor.

Quien haya leído las *Floreccillas de San Francisco de Asís* no podrá menos que sentir en este relato el ambiente de aquéllas y en la ingenuidad auténtica de las dos mujeres mexicanas la misma sencillez con que San Francisco y sus primeros frailes vivían lo sobrenatural con naturalidad.

#### *La virtud de la fe*

Agustina dice que en María de Jesús la fe brillaba sin dudas, que sintiendo por ella tan impetuoso amor decía que no sólo moriría gozosa por testificar los misterios de nuestra Santa Fe, sino también por defender cualquiera ceremonia de nuestra Santa Madre Iglesia.

Así veneró con respeto y firmeza los misterios a los cuales el entendimiento humano más se rehúsa a aceptar, como lo son el de la Trinidad de Dios, la Sagrada Eucaristía, el misterio de la Pasión de

<sup>39</sup> Felix de Jesús María, *op. cit.*, lib. III, cap. VII, p. 267.

Cristo, que involucra el del dolor humano en relación con la salvación eterna.

De aquí dimanaba la aceptación íntegra de sus enfermedades, sacrificios voluntarios, ayunos y penitencias.

#### *Los demonios en lucha contra María de Jesús*

El demonio, irritado por el constante orar y padecer de María de Jesús por los pecadores, la atacaba fieramente. Agustina, que convivía en la misma celda, nos dejó constancia de ello, describiendo:

El Demonio se encrudelecía contra la venerable madre, de modo que parecía que la querían despedazar y en una de estas ocasiones fue con tanta ferocidad, que entrando yo, no podía hablar la sierva de Dios y por señas me pidió el agua bendita; yo tomé la pileta y eché el agua bendita sobre ella y por toda la celda, y al instante huyeron, dejándola muy maltratada.<sup>40</sup>

Por su parte los biógrafos dicen también que conocía y veía al demonio en donde éste se hallara, en forma muy natural.

#### *La pobreza en María de Jesús*

Sólo conocemos de lo escrito por Agustina una frase que es la respuesta a la insistencia que ésta le hacía para que tuviese más ropa, y le dijo: "¿Cómo guardaré el voto de la pobreza si no siente el cuerpo, la angustia de la necesidad?" Tenía tan despegado el corazón de todas las cosas, que admiraba: no teniendo lo que tenía, sino usando simplemente de todo.<sup>41</sup>

Con la emoción de quien vio vivir heroicamente a su querida amiga, escribe compadecida hasta las lágrimas:

Me maravillaba yo de su gran paciencia, que jamás la noté en todo este tiempo el mínimo acto de impaciencia con su criada, que era de terrible condición y aunque la trataba con toda amabilidad, ella la injuriaba con palabras indignísimas e indecentes y era tal su paciencia, que yo lloraba y quedaba confusa y la rogaba que se deshiciese de ella. Y ella respondía: Esto no, eso

<sup>40</sup> Felix de Jesús María, *op. cit.*, lib. II, cap. XXII, p. 210.

<sup>41</sup> Felix de Jesús María, *op. cit.*, lib. II, cap. XVIII, p. 182.

no me enseña mi pacientísimo Esposo. En este ejercicio me tiene, no quiero perderla, pues él me la envía y si no permitiera a Isabel lo que ella hace, para ejercitarme en la paciencia, enviaría ángeles, que me afligiesen.

La esclava divulgaba entre las monjas y criadas del convento: Mi ama se cuida de agraciarse el velo para parecer bien en el locutorio. . . ¡Mire, mire la Santa! ¡Oh qué virtud! ¡Véanla, que está arrobada! Yo no creo que sor María de Jesús sea santa y si hay alguien que lo crea, hable conmigo, que le diré quién es ella.

La pluma de Agustina continúa extendiéndose en el tema y nos dice:

Con nadie se enfadaba, siempre estaba en su paz, solía estar padeciendo tentaciones y aflicciones internas y externas, que la parecía que en toda su vida no había tenido un rayo de luz y en el semblante no parecía sino que estaba gozando muchos favores de Dios y este semblante nunca le variaba, no mostrando jamás lo que padecía en el alma y en el cuerpo. . . Yo la decía muchas veces, que tenía grande envidia a la paz con que vivía y me decía que no pensase que la había costado poco trabajo, antes la había costado muchos años de mortificación y que cada día tenía que mortificarse de nuevo. Y cuando se le ofrecía padecer alguna cosa con sus hermanas, que fue mucho lo que la dieron que padecer. . . lo que yo la veía hacer en semejantes ocasiones era volverse al Señor y decirle: Bendito seáis Señor, que me honráis tanto, pues vuestra Majestad fue menospreciada de gente vil y a mí me honráis en que lo sea de vuestras esposas. Con esto se quedaba con gran paz y si yo a favor de la sierva de Dios hablaba alguna cosa con resentimiento o hacía alguna demostración, me reprehendía y me decía, que me perdería el amor.<sup>42</sup>

#### *Humildad de María de Jesús*

“Digo con toda verdad —añade Agustina— que si me obligasen a jurar lo juraría, que era esta sierva del Señor tan humilde, que ordinariamente me decía con muchas lágrimas, que tuviese por cierto que las gracias que el Señor le hacía eran sólo por la intercesión de la Madre de Dios; y me contaba sus pecados, los cuales por más que los exageraba, no eran sino cosas ligerísimas y la vi en estas ocasiones derra-

<sup>42</sup> Felix de Jesús María, *op. cit.*, lib. II, cap. XXI, pp. 199-205.

mar muchas lágrimas, pidiendo a Dios con muchos actos de contricción el perdón:

Yo me confieso miserable pecadora peor que las demás, indigna de recibir favores de la Divina Mano y necesito más que todas las criaturas de que todos ruegen por mí, porque malogro con mis ingratitudes la misericordia que usa el Señor conmigo y si esta piedad la usase con cualquiera que fuese, le amaría y serviría y no sería tan ingrata criatura como yo soy.

Por el mismo caso juzgaba a todas mejores que a sí y tenía tan gran conocimiento de su bajeza, que luego me recibía alguna de estas gracias de Nuestro Señor, se enternecía y humillaba con gran consideración de su vileza y conociéndose de todo punto indigna quedaba con estas gracias más humilde y confusa. Jamás vi que la faltase semejante conocimiento en todo tiempo.<sup>43</sup>

#### *Muerte de María de Jesús*

Describe Agustina la muerte de su compañera María de Jesús con las últimas palabras que de ella oyó y quedaron grabadas en su memoria, en especial aquellas en que relató la visión que había tenido en el coro, viendo un ataúd en medio de los dos altares, acerca de lo cual fue dado a entender.

Que aquel que veía entre pálidas flores, muerto, y entre varias y deliciosas rosas, cadáver, era su cuerpo virgíneo. Avisóle el Señor que ya instaba el tiempo en que había de morir y juntamente declaró que las rosas con que estaba rodeado aquel cuerpo difunto, idea de su vecina muerte, representaban las virtudes heroicas y varias, que en su vida había ejercitado, sobre todas las cuales, en significación de las amarguras, trabajos y persecuciones que había padecido, se acumulaban con mayor extremo y número las flores o ramilletes de retama, en cuya amargura y acrimonia, desapacible mucho para el gusto, pero suavisísima para el recreo del olfato, se cifraban los sinsabores, penas y calamidades que ella había llevado con igualdad de ánimo en la clausura. Le dijo Cristo en esta ocasión, así has florecido con mi favor y gracia en tantas perfecciones, por medio de estos sentimientos bien sufridos y al impulso o experiencias de estas, ya para ti dulcísimas amarguras.

<sup>43</sup> Felix de Jesús María, *op. cit.*, lib. II, cap. XXIV, p. 219.

Queriendo Agustina saber lo que ocurría en el alma de María de Jesús en aquellos últimos momentos, la interpelaba, a lo que ella respondió:

No puedo decirte más porque el Señor obispo me tiene mandado que no diga, ni manifieste lo que por mis dichas gozo y para mis venturas miro y así no puedo declararte cosa alguna. Sólo te digo que en medio de los dolores recibo muchas mercedes.<sup>44</sup>

De pronto pareció a las monjas que había entrado en estado de coma por los escasos signos vitales que en ella advertían, pero el confesor que entró a reconciliarla les dijo:

No crean, ni piensen, señoras, que es apoplejía lo que a la enferma tiene fuera de sí o le suspende las potencias y sentidos, antes se persuadan vuestras reverencias que es un éxtasis soberrano el que está sintiendo o por mejor decir, dichosamente gozando, por medio del cual toda está en Dios suspensa y en el Esposo divino absorta.

Entró entonces el prelado y le preguntó si algo quería a lo que ella repuso: "Sólo a Dios quiero, de todo lo demás, ni cuido, ni me desvela; porque todo queda en la mano omnipotente del Criador".<sup>45</sup>

A su amiga Agustina le dijo que juntas recibieran la comunión como acción final de la santa amistad que las había unido.

Las dos compañeras comulgaron juntas y pocas horas después, a las 3 de la tarde del día 11 de junio de 1637, fiesta de Corpus Christi, a la edad de cincuenta y cinco años, María de Jesús entregó su alma a su Creador.

Agustina le sobrevivió muchos años y fue considerada por las monjas de su convento como religiosa excepcional. A su muerte se publicó el panagírico que de ella se hizo en sus honras fúnebres.

Su obra, *Tratado de la vida y virtudes de la venerable Madre María de Jesús*, fue escrita durante los últimos cuatro años de la vida de la venerable, iniciándose en marzo de 1633 y concluyendo con su muerte: 1637.

Antes de morir le fue prestado el cuaderno que sobre ella había escrito Agustina de Santa Teresa y al final de él escribió esta autenticación:

<sup>44</sup> Diego de Lemus, *op. cit.*, lib. II, cap. v, p. 434.

<sup>45</sup> Félix de Jesús María, *op. cit.*, lib. IV, cap. IV, p. 327.

He visto este cuaderno, que escribió mi hermana, la madre Agustina de Santa Teresa, de las obras de Dios Nuestro Señor y de sus Santísima Madre y mercedes que por su gracia y el favor de su Santísima Madre y por su intersección (sin merecerlas yo) me ha hecho Su Majestad y porque es verdad, para honra y alabanza de mi Señora la Madre de Dios, lo firmo de mi letra y nombre. María de Jesús, monja profesa en este Convento de la Concepción de la Madre de Dios.

El cuaderno conteniendo los escritos de la madre Agustina de Santa Teresa estuvo a punto de perderse cuando el obispo Gutierre Bernardo de Quiroz, asustado de la fama y extraordinaria vida de la monja poblana, pretendió quemar todo lo que sobre ella se había escrito. Sin embargo, las monjas salvaron el manuscrito guardándole celosamente en su archivo. Por el contrario, el ilustrísimo don Juan de Palafox, admirado de la "prodigiosa santidad y milagros de la Venerable Madre María de Jesús", hallándola digna de los altares, inició el proceso de canonización, llevándose la copia de los escritos de Agustina que él hizo de su puño y letra.<sup>46</sup> El ilustrísimo Diego Osorio de Escobar reinició el proceso informativo con los dichos escritos en 1672.

Adoleciendo el proceso de ciertos defectos, lo perfeccionó el ilustrísimo señor don Manuel Fernández de Santa Cruz, añadiendo los informes de testigos, pero siempre en base a la obra de Agustina. Estos informes se enviaron a Roma en 1695.

Los "abogados del diablo" o censores detuvieron la "causa" en dos ocasiones, en 1718 y en 1720, por parecerles discutibles ciertas visiones. En 1735 fue finalmente aprobada *plenis votis* por la Congregación de Ritos, lo cual para nosotros significa que Agustina de Santa Teresa logró con su *Tratado de la vida y virtudes de la madre María de Jesús* lo que pretendía: dar una versión apegada a la verdad de la vida mística de su compañera.<sup>47</sup>

Un juicio valioso sobre la vida mística de María de Jesús nos lo dejó el padre Godines con estas palabras en su estudio sobre la mística diciendo:

...yo por espacio de más de treinta años traté muchas almas muy perfectas en la oración; pero esta santa mujer fue de las más perfectas que hallé en materia de oración.

<sup>46</sup> José Mariano Beristáin y Souza, *op. cit.*, Agustina de Sta. Teresa.

<sup>47</sup> Félix de Jesús María, *op. cit.*, lib. 1, cap. xv, pp. 60-64.



Una idea cabal sobre los escritos de Agustina de Santa Teresa sólo la tendremos cuando conozcamos su obra completa.

La madre Agustina de Santa Teresa, biógrafa y escritora de la mística que vivió la madre María de Jesús, fue a su vez mística y maestra de ella para otras monjas, de tal modo que llegó a ser garantía de santa vida el haber sido discípula de la humilde Agustina.

A su muerte, su convento le celebró solemnes honras fúnebres, haciéndose en ellas hermoso panagírico de su vida.

#### ISABEL DE LA ENCARNACIÓN BONILLA DE PIÑA (1594-1633)

Nació a finales del siglo XVI en la ciudad de Puebla. Fue hija de Melchor Bonilla y Mariana de Piña, naturales ambos del reino de Toledo. Perteneció su familia a la clase media alta, cuyas abundantes posibilidades económicas permitían dar a sus hijas una elevada educación. Isabel Bonilla fue enseñada a leer, escribir con soltura y cultivó su espíritu con amplias lecturas en castellano y en latín. Por esto sus contemporáneas, las cronistas Melchora de la Asunción y Francisca de la Natividad, dijeron que "era sabia, leída y discreta". Su biógrafo, el bachiller Pedro Salmerón S.J., nos la presenta como conocedora de las Sagradas Escrituras, capaz de leer los salmos en latín y comentarlos públicamente en castellano.<sup>48</sup> Su gran hermosura y atractivo hicieron que sus padres planearan para ella "ventajoso matrimonio" que enobleciera a la familia e incrementara los bienes patrimoniales. Pero ella que desde niña, incitada por las lecturas religiosas, había decidido recluirse en un monasterio para dedicarse sólo a la alabanza y conocimiento de Dios, los amenazó con quemarse la cara con una plancha ardiendo si le impedían tomar el hábito de carmelita.

Entró al convento de San José de la ciudad de Puebla que se había fundado en 1604, cuando tenía 19 años de edad, profesando en 1614. Ya monja, se entregó fervorosamente a la meditación y fue entonces cuando su vida empezó a destacarse entre las de las demás monjas por los hechos extraños que le ocurrían y los fenómenos inexplicables que a su alrededor se desarrollaban en el convento: ruidos, dolores espantosos, visiones del demonio, traslación de su persona a sitios cerrados con llave, golpizas que la dejaban medio muerta y cuyos efectos presenciaban las monjas. Todo esto causó escándalo entre las austeras

<sup>48</sup> Pedro Salmerón, *Vida de la V.M. Isabel de la Encarnación. Carmelita descalza natural de la ciudad de los Angeles, México*, Imp. Francisco Rodríguez Lupercio, 1675, pp. 10-21, y Gómez de la Parra, *op. cit.*

carmelitas y peor fue cuando los confesores del monasterio, temerosos de problemas con la Inquisición, en vez de hacer un esfuerzo por entenderla, la tildaron de ilusa, alumbrada y aun de endemoniada.

A la reja del locutorio le fue mandado comparecer para ser exorcizada. Sin replicar nada, sin perder su habitual serenidad, antes por el contrario, con gran humildad y devoción recibió todo aquel rito, cosa que extrañó tanto a los exorcistas que en vez de condenarla con horror, se conmovieron y se retiraron temerosos de estar equivocados.

Poco tiempo después, viendo las superiores que los hechos extraños se sucedían y las obras de Isabel eran ejemplares de vida cristiana, hicieron que sabios sacerdotes “examinaran su espíritu” —hoy diríamos que le hicieron un examen psicológico— tras el cual concluyeron que lo que ocurría era solamente una manifestación externa de la feroz lucha que sostenía, por permisión divina, con los demonios, pues sus obras daban gloria a Dios y sus virtudes eran notorias a su confesor, que en este tiempo empezó a serlo el jesuita Miguel Godines.

Recordemos que, entre las místicas citadas antes, lo demoníaco tiene siempre un lugar, pues en la vida cristiana que es lucha por alcanzar el feliz destino eterno, el demonio representa un papel muy importante como enemigo del hombre, que envidioso de que éste pueda gozar de la redención del pecado, que él no ha tenido, trata de reducirlo al estado de condenación eterna en que él se encuentra. Esta doctrina que fue básica en la evangelización de la Nueva España, la hallamos formando parte de los *Coloquios de los Doce* con los sacerdotes indios, la vemos representada en los murales de los conventos del siglo xvi, tal como el de Meztitlán, la encontramos en todos los catecismos impresos aquí e importados; en las crónicas de las diversas órdenes, y la vemos ampliamente difundida en todas las obras religiosas de los siglos coloniales.

En la biografía que de Isabel de la Encarnación, escribe Salmerón, lo demoníaco cobra tal importancia para el biógrafo, que la más pura mística pasa a ser cosa secundaria en el relato, aunque en realidad sea la razón fundamental de la obra. Dedicó casi todo el libro a hablar de la lucha despiadada que le hicieron los demonios. Nos da con ello páginas escalofriantes que harán pensar a los psiquiatras y llenarán de horror a los creyentes que la lean. El biógrafo se encuentra tan apasionado por el problema demoníaco que llega a olvidar el darnos, siquiera una página de sus escritos místicos que usó en su obra, pese a que en el *Tratado de Teología Mística* el padre Godines la había considerado ya al lado de su contemporánea, María de Jesús, otra de las grandes místicas de la Nueva España.

Fue este confesor suyo quien la pudo juzgar mejor, pues contó con

sus declaraciones verbales, con la biografías que de ella hicieran las citadas Melchora de la Asunción y Francisca de la Natividad, y con algo más que fue el epistolario que formó con las cartas de la vida espiritual que la madre Isabel de la Encarnación le dirigía para darle cuenta de sus luchas por conservarse en la virtud, frente a las tentaciones de que era víctima y los favores con que Dios pagaba su amorosa fidelidad. Gracias a esta información pudo escribir una biografía de su dirigida, que está inédita.

El padre Salmerón, al hablarnos de la vida mística de Isabel, describe su constante oración mental y su contemplación, diciendo por ejemplo:

...en aquella altísima contemplación y estrecha unión que tenía con su Dios, le comunicaba grandes secretos y maravillas, ilustrándole el entendimiento con divinas iluminaciones para entender muchos lugares de las Sagradas Escrituras, así para que con ellos se inflamase más su voluntad en la oración, como para que cobrase nuevo aliento y esfuerzo en sus trabajos, enfermedades y continuas batallas que tenía contra el demonio. ... cuando estaba enajenada de los sentidos que era muy de ordinario, gozando aquel vino suave que dice la esposa de los Cantares, prorrumplía por la boca en amorosas afectos que la abrazan el corazón diciendo muchos versos de los salmos del profeta David.<sup>49</sup>

Decía de ellos que habiendo sido dictados por el Espíritu Santo, tenían grandes virtudes para los hombres.

Las revelaciones que tuvo, dice su biógrafo, fueron examinadas por "hombres doctos y espirituales" y las aprobaron por parecerles "conformes a la doctrina de los santos" y útiles para ejemplo de quien las considere. Su vida toda, tal como la presenta, tiene también ese propósito de ejemplaridad, pues nos la muestra como una mujer que vivió la más espantosa lucha contra las argucias, las tentaciones, visiones, imaginaciones y tormentos físicos de los demonios, hasta lograr el triunfo sobre ellos vencéndolos con una paciencia comparable a la de Job, humildad y mansedumbre que hacían llorar a quienes con ella convivían, porque todo ello no era capaz de quitar a su rostro y a su trato con los demás, la dulzura y la mansedumbre. Dice Salmerón que "el altísimo grado de oración que Dios le había concedido la tenía tan absorta en lo celestial, que los tormentos del cuerpo, las tentaciones, las dudas y las humillaciones sólo le servían para unirla más a quien era el centro de su mística vida".

Los confesores que tuvieron en sus manos los escritos en que narró

<sup>49</sup> Pedro Salmerón, *op. cit.*, pp. 139-260.

su contemplación, sus éxtasis, lo que dijo de lo que supo de Dios y los versos en que desahogaba su amor divino, tuvieron la oportunidad de poder valorarlos. Nosotros no hemos logrado encontrar nada de ello.

Por esto sólo podemos mencionarla como una de las exponentes de la mística femenina novohispana, abriendo el camino para que algún día pueda conocerse todo lo que salió de su pluma. Salmerón solo publicó dentro de la biografía un *Comentario a los Salmos del rey David*, escrito por ella.

Falleció el año de 1633 en opinión de santidad y al publicarse su vida se le dio en ella el título de "Venerable Madre". Con aprobación del Arzobispo-Virrey don fray Payo Enríquez de la Rivera.

#### DOÑA MARÍA INÉS DE LOS DOLORES MORA Y CUÉLLAR (1651-1728)\*

María Inés Mora y Cuéllar nació en Puebla en el año de 1651, hija del capitán de marina Diego Felipe de Mora y doña María Cuéllar.

Existe una biografía que de ella escribió en el siglo xvii el presbítero Juan Antonio de Mora,<sup>50</sup> en la cual nos la presenta como una niña que vivió dentro de una familia típica de Nueva España en aquellos siglos, en la cual sólo dos hijas se casaron y los demás fueron religiosos: cuatro jesuitas, uno carmelita, y dos hermanas monjas. María Inés, por torpeza de un médico, perdió la vista a los siete años, razón por la que sus estudios se concretaron a lo que podía memorizar de las lecciones que oía a sus hermanos.

Su biografía presenta con rasgos muy acusados lo que era la vida de aquellos habitantes de la Nueva España. El padre, marino, ocupaba su vida en los viajes de la flota, y lo que ganaba en ellos lo invertía en un negocio vinculado directamente a su oficio, el comercio, estableciendo una tienda en Puebla. Pero las endebles embarcaciones y el acoso de los piratas hacían de la marina el oficio más peligroso. En uno de los viajes, una tormenta destruyó la flota y el capitán Diego Felipe de Mora sólo logró, en calidad de náufrago, llegar a tierra. Sus desdichas no terminaron; la tienda que representaba toda su fortuna se incendió y él murió poco después. Su esposa doña María, con sus hijos, se trasladó a la ciudad de México en 1682.

\* Le damos el título de doña y no de Sor porque no fue monja hasta el momento de morir.

<sup>50</sup> José Antonio de Mora, *Espejo de Paciencia. Vida admirable de la madre María Inés de los Dolores, religiosa profesada en el monasterio de San Lorenzo de México*, México, Imp. de J. de Rivera, 1729.

La vida de María Inés va a transcurrir entonces parte en esta ciudad y parte en la de Puebla, hasta que muerta su madre, sus hermanos sacerdotes consiguieron que entrara al convento de San Lorenzo, en donde estaba su hermana Margarita, para que viviera en él en calidad de seglar, pues su ceguera le impedía profesar. Era entonces común en la sociedad que las mujeres de buenas costumbres que carecían de familia, entrasen a vivir en los monasterios, sin profesar en ellos.\* En esta forma vivió treinta y cinco años comportándose como si fuera la más observante monja.

En el monasterio fue admirada por su sabiduría y consultada en los casos más difíciles por las monjas del convento.

Pese a su ceguera, aprendió a escribir y pudo dar así con sus escritos un desahogo a su intensa vida interior. Desgraciadamente sólo conocemos los versos que Mora reprodujo en su biografía.

Sin embargo, sólo ese poema nos explica lo que constituyó su vida. Existen en ella dos mundos: el de la ciega que en lo físico no ve la luz, padece temores, vive entre sombras, tropieza, no sabe por qué parte camina el otro mundo, y el espiritual, en el que ella ve con claridad lo sobrenatural, aunque se enfrente a los problemas de la "noche oscura" de que habla San Juan de la Cruz. La poesía que reproducimos más adelante nos muestra ese mundo atormentado que se compagina muy bien con la descripción que hace su biógrafo, presentándola desde su adolescencia como una enferma de ataques (epilepsia?), que sufre desmayos con privación de los sentidos. Así vemos que toda su vida transcurre entre constantes enfermedades y agonías.

La obra de María Inés de los Dolores no fue hecha para publicarse, fue sólo respuesta a una íntima necesidad de su espíritu y como tal sólo a su muerte fue conocida por el padre Mora, a quien las monjas entregaron todos sus escritos para que con ellos hiciera una biografía.

Su interés en la historia dentro del grupo de mujeres que escribieron en la Nueva España consiste básicamente en que es otra de las pioneras de la mística femenina novohispana.

### Romance

En aquella noche oscura  
en que a una alma sumergida,  
le parece que se halla  
sin Dios, sin luz y sin guía;

\* Véanse en mis obras *La Marquesa de Selva Nevada* el caso de ésta en el convento de Regina, y en los *Recogimientos de Mujeres* el caso de la Condesa de San Pedro del Álamo, doña Dolores Valdivieso, en el de la Encarnación.

Toda llena de tristezas  
atribulada se mira,  
siendo su mayor congoja  
el temer de Dios las iras.

¡Oh cuánto aumenta sus ansias,  
cuánto dobla sus fatigas,  
si de María el amparo  
ya perdido se imagina!

En un mar de confusiones  
luchando ahogada y hundida  
se ve, sin hallar el puerto  
a que sus ansias aspiran.

Los sentidos perturbados  
con olas tan repetidas,  
que cada instante padece  
muerte, sin perder la vida.

Las tres potencias están  
fuertemente obscurecidas,  
que sin atender a Dios  
batallan consigo mismas.

Multitud de pensamientos  
la tienen tan oprimida,  
que cada uno es un dardo  
que a traspasarla conspira.

Tinieblas fuertes la espantan,  
pasiones bravas la tiran,  
obscuridades la asombran,  
y nada el dolor le alivia.

En un infierno abreviado,  
y en abismo de desdichas  
se contempla, imaginando  
la felicidad perdida.

La imaginación la asusta,  
el dolor la martiriza,  
los horrores la atormentan,  
y los desmayos la privan.

El corazón desfallece  
con penas tan excesivas,  
que la misma muerte es nada,  
comparada a su agonía.

Sin saber a quién volverse,  
o por qué parte camina,  
no hay objeto de consuelo,  
ni cosa que no la aflija.

Culpas pasadas a un tiempo  
y presentes rebeldías,  
tentaciones y combates  
sólo entre las sombras mira.

Cerradas de Dios las puertas,  
de la oración las delicias,  
para su mayor tormento  
piensa; pero no la alivian.

Quiere esforzar el aliento;  
y entonces más afligida,  
encuentra en un mar de penas  
nuevo dolor en sí misma.

Quiere acordarse de Dios,  
y del mismo Dios se olvida:  
¡oh! qué terrible combate,  
si Dios falta y se retira.

Así en tanto desamparo,  
ya triste, ya dolorida,  
¡al único bien que adora,  
con tristes quejas se inclina...!

A ti me vuelvo mi Dios,  
entre humillada y contrita,  
por ver si el dolor te mueve,  
o mi pena te lastima.

Oveja soy descarriada  
que con balidos explica  
que sin su pastor los lobos  
a despedazarme aspiran.

¿Por ventura en tu rebaño  
no he de tener acogida?  
en el destierro tan sola,  
tan airado me desvías.

¿No me dirás, buen Jesús,  
imán dulce que me tiras,  
por qué ocultaste tus luces  
dejándome obscurecida?

¿Por qué en tinieblas terribles.  
quiere mi amor que yo viva?  
¿Por qué me escondes tus rayos  
si eres el sol que me anima?

¿Dónde está de tu fineza  
la caridad encendida,  
¿Sufre tu amor ocultarse  
cuando tu amada peligra?

¿Adónde estás dueño mío,  
adónde que no me miras?  
o vuelve tiernos tus ojos,  
o que me quieres no digas.

¡Mas ay de mí! Que me quejo  
si toda la culpa es mía,  
y bien conozco te aparta  
mi ingratitude atrevida.

Pero conozco también  
que tu piedad infinita  
tiernamente me regala,  
aun cuando más me castiga.

Tus misericordias veo,  
reconozco tus caricias,  
y me sirve de esperanza  
que das a los ciegos vista.

Con toda el alma me pesa  
de las culpas cometidas,  
¡oh! ¡si fuera mi dolor  
a su grandeza medida!



Me duelo por tu bondad  
tan gravemente ofendida,  
y porque con ella sola  
de valde me beneficias.

Por tu Sagrada Pasión  
perdón te pido contrita:  
cese el enojo, pues clamo  
humilde y arrepentida.

Y si quisieras llevarme  
por el camino de espinas  
flores serán de mi gusto,  
que es el tuyo mi delicia.

Cúmplase, mi bien, en todo  
tu voluntad, no la mía:  
pues no quiero voluntad  
que a la tuya se resista.

Gozosa padeceré  
ansias, congojas, fatigas,  
desamparos, sequedad,  
desmayos y rebeldías.

Tristezas, penas, dolores,  
y todo lo que me envías:  
que lo merezco, y es nada,  
como tu gracia me asista.

Que si padezco en tu gracia  
el tormento es alegría,  
y sin ella los consuelos  
son abismos de desdichas.

Dulce Jesús, yo por ti,  
quiero negarme a mí misma;  
morir quiero a mis pasiones  
porque de tu amor me privan.

No permitas se malogre  
la sangre por mí vertida;  
sino que sepa lavarme  
y quedar del todo limpia.

En fin, si he de ser tu esposa  
 a tus amores unida  
 crucificada contigo  
 quiero estar para mi dicha.

El arzobispo de México, ilustrísimo José Lanciego y Eguilaz, le concedió la profesión religiosa *in articulo mortis*. Falleció el 2 de febrero de 1728 a la edad de 77 años.

#### DOÑA FRANCISCA DE CARRASCO RAMÍREZ (1655-1725)

Para tener una idea cabal de quién fue esta criolla novohispana, hay que quitarle al grabado que se le hizo a su muerte, las arrugas que la enfermedad, la desnutrición y las penitencias dejaron en su rostro. Así podremos imaginarla como una mujer mexicana, con su rebozo sobre la cabeza y terciado al hombro, tocando la guitarra o el arpa y cantando a un tiempo los salmos. Pero podemos mirarla también frente a su mesa con la pluma en la mano, mirando al infinito, mientras de su rostro sale una brillante luz.

Fue hija de Martín Carrasco, burgalés de origen, y María Ramírez Morales, criolla de la ciudad de México. Nació en esta capital de la Nueva España en marzo de 1655.

Formó parte de una distinguida familia cuyos bienes de fortuna permitieron dar a sus hijos la educación y el bienestar que la riqueza hace posible.

Como la gran mayoría de las mujeres de su época y de su clase, supo escribir y leer desde pequeña, cosa que le permitió desde sus más tiernos años dedicarse a la lectura de libros religiosos.

Francisca Carrasco Ramírez nos presenta uno de los no muy frecuentes casos de llegar a ser una mística sin ser monja. Como tal, la conocemos gracias a la biografía que de ella escribió el licenciado Domingo de Quiroga, S.J., que fue publicada con toda clase de elogios, aprobaciones religiosas e inquisitoriales en 1729.<sup>51</sup> En ella nos relata la vida llena de hechos extraordinarios de una mujer, desde los 4 años de edad hasta su muerte, y una continuada oración que la eleva a la mística. Para hacerlo, utiliza, según su propia declaración, los apuntes que ella hizo por orden de su confesor.

Quiroga publica parte de esta autobiografía textualmente y la otra

<sup>51</sup> Domingo de Quiroga, *Compendio breve de la vida y virtudes de la V. Francisca de Carrasco del Tercer Orden de Santo Domingo. Escrita por el Rev. P...* México, Imp. Joseph Bernardo de Hogal, 1729.

parte sólo la usa como fuente de información. He aquí uno de los primeros párrafos autobiográficos:

La primera merced que el Señor me hizo, fue que siendo niña y con mucha inclinación a la soledad, no teniendo noticia de lo que era oración, traía el entendimiento ocupado y la vista mirando unos lienzos de la Pasión que había en casa: buscaba y registraba cómo había sido aquel padecer del Señor: poníame de parte de Dios a sentir sus penas: por otra parte, consideraba la crueldad en castigar aquel Señor: y no teniendo lugar para pensar en esto y sentirlo como yo quería, aguardaba a la hora de siesta, en que se recogían a dormir y las criadas estaban en la cocina comiendo y todo en silencio; entraba en un aposento y en un hueco que hacía una caja grande, para estar escondida pensando en aquellos dolores del Señor y en las ansias que compadecía mi corazón de verle padecer. Un día de éstos de repente vi (no sé si con los ojos del alma o con los del cuerpo) delante de mí un hombre con una túnica morada y una corona de espinas tan pesada y grande que le hacía doblar el cuello y una cruz tan grande y pesada que le vi caído en el suelo, puesta una mano en la tierra y vuelto el rostro a donde yo estaba, tan ensangrentado que sólo la luz de sus ojos le descubría. Arrojéme con afecto de mi corazón e ignorancia de mi entendimiento, a querer levantarlo, con la compasión que se acude cuando una persona cae y al hacer esta acción me hallé sin esta vista y con tanto sentimiento que comencé a llorar y sintiendo que los sollozos que daba habían de ser oídos, me salí afuera y ocupé aquella tarde en la cocina, sin salir a donde estaba mi madre, porque no examinara mis lágrimas. Helo apuntando por lo que ha perseverado en mí.

Este suceso, acaecido alrededor de los cinco años, cambió desde esa edad la vida de Francisca, quien se tornó silenciosa, humilde, mansa de corazón. Los intereses mundanos, incluyendo a su propia familia, pasaron a segundo plano. Se desprendió de alhajas, vestidos regios, medias de seda, en fin, de cuanto lujo le dieran sus padres. Cambiaba sus ropas finas con las burdas de las esclavas de su servicio. Vivía en su casa pero tan retirada de todos los que la habitaban y de los intereses que en ella se tenían que parecía estar fuera de ella. Su ocupación principal fue entonces enseñar la doctrina y misterios de la fe a los niños y "personas rudas como sirvientes de personas amigas que no sabían bien la lengua española y hablaban mal la nativa".

A los siete años de edad fue examinada por el padre Bernardo Par-

do, provincial de la Compañía de Jesús, quien viendo el gran conocimiento que tenía de los misterios de la fe, le permitió desde esa edad confesar y comulgar cada ocho días.

Siendo muy jovencita, estando en oración, oyó una voz que le decía en el alma "Hija mía, dame tu corazón", a lo que ella, según sus apuntes autobiográficos, respondió:

¡Oh piélagos de bondad! ¡Oh sabiduría eterna y omnipotente Dios! ¡Oh hermosura infinita!, bien mío, vida de mi alma y grandeza incomparable, ¿cómo puede mi cortedad igualar a tu inmensidad? ¿Cómo pueden mis servicios corresponder a tus beneficios?

¡Qué barata haces de tu inmensidad, de tu caridad, de tus beneficios y de los tormentos y finezas de tu querido hijo Jesús! Pues en recompensa de todo te contentas con mi corazón, pidiéndome amorosamente y como si yo hiciera cortesía en dártelo, me dices hija mía, dame tu corazón, ¿por qué no dices, Señor, vuélvemelo, que es mío y me lo debes? ¿Por qué no lo tomas que es tuyo y de mí no puedes esperar buen término?

Yo sé que lo que quieres de mí es la voluntad y la gana con que te lo ofrezco, sino es más que esto, yo te lo entrego con tanta voluntad que quisiera presentártelo lleno del amor que te tienen los serafines y demás ángeles y bienaventurados, mi Señora la Virgen y tu hijo Jesucristo en cuanto hombre y todo cuanto amor te pudieran tener todas las criaturas posibles, si todas de una vez las hubiera criado tu omnipotencia cuando tiene ahora junta toda la corte celestial... Todo esto es nada y menos que una gota de agua respecto de tu infinita amabilidad y así te ofrezco el amor que te tienes a ti mismo, pues sólo tú te puedes amar dignamente.

Quisiera si fuera posible, haberte amado y amarte siempre como tú me amas y que todos los hombres y ángeles te amaren por mí de esta manera en agradecimiento de tus beneficios, en retorno de tu amor y por la reverencia, aprecio y amor que se debe a tu ser infinito...

Este párrafo permite formarnos una idea de su facilidad de escribir, de la cultura religiosa que ya para entonces tenía y de su relación con Dios, que la llevó a alturas místicas pocas veces alcanzadas en la oración pues, afirma su biógrafo, a través de esos ejercicios de oración en que se ejercitó largamente y durante toda su vida, la elevó también Dios a la contemplación: "Le bastaba algunas veces iniciar el Padre Nuestro o el Ave María para entrar en éxtasis".

Era aún muy joven y ya su fama de santidad corría por toda la ciudad.

Muy lejos de los movimientos molinistas y de los sectarios alumbrados, vivió dentro de la más pura ortodoxia católica. Su oración no siempre le daba el goce místico de la contemplación. Sufrió arideces, sequedades, ataques sensibles del demonio, numerosas enfermedades y trabajos, con la misma serenidad que los goces de los místicos arrebatos, dice su biógrafo.

Con los pies bien puestos en la tierra, se preocupó por tener la cultura que una joven de su época adquiriría para la vida que en la edad adulta iba a realizar.

Viendo Martín Carrasco que las inclinaciones de su hija eran más hacia el convento que al matrimonio, dispuso que estudiase música, ya que los conocimientos de ésta suplirían a la dote que se requería para entrar en algún convento, pues sus grandes bienes de fortuna se habían ido perdiendo.

Fue discípula aventajada del célebre maestro de capilla de la Catedral Metropolitana, licenciado Loaysa, quien le enseñó "la solfa, el canto llano, a tocar el órgano, el arpa y la guitarra".

A sus conocimientos musicales añadió las labores manuales, que llegó a hacer tan primorosamente que, mediante ellas, logró sostener a sus hermanas solteras, cuando por un accidente en las minas la familia se arruinó.

Poco interesada en cosas del mundo, tan entregada a Dios y amante de la soledad, buscó Francisca pasar su vida en un convento, e intentó en dos ocasiones entrar al de Santa Teresa y al de la Concepción, empero, por razones mínimas no fue admitida en ninguno de ellos.

Desde la edad de tres años, había realizado un desposorio místico con Cristo, como la joven peruana Santa Rosa, profesando al igual que ella como terciaria de Santo Domingo. Fue entonces cuando quitándose los apellidos familiares, añadió a su nombre el de San José. Aunque entre los terciarios no se hacían votos sino sólo la promesa de vivir según regla y forma de los hermanos seglares, ella hizo votos de pobreza, castidad, obediencia a su confesor y cuidado de los enfermos (personas de su casa o extraños necesitados).

Un tiempo usó el hábito descubierto de Santo Domingo, pero habiendo sido prohibido su uso a seglares, parece que dejó de ponérselo. Así, sin él, nos la muestra la litografía que de ella hizo Francisco Sylva, en la que aparece con el traje usual de las mujeres de su época, cubierta la cabeza con el clásico rebozo.

Francisca formó su cultura religiosa a base de constantes lecturas

y aunque su biógrafo afirma que, en un momento de su vida en que se hizo un registro de sus libros, sólo se le encontraron un tomo de Santa Teresa, las obras de María de la Antigua y la historia de Santa Catalina de Sena, sus escritos y su vida misma nos hacen pensar que leyó mucho más y que en libros propios o prestados estudió el Nuevo Testamento, partes del Antiguo, las obras de San Ignacio de Loyola, del padre Palma, de Tomás de Villacastín y San Agustín cuya obra titulada *Afectos* tiene evidente influencia en ella como podrá comprobarse.

Si Francisca redactó su autobiografía por mandato de sus confesores, por su propio gusto y libremente tomó la pluma para escribir sobre lo que constituía el gran tema de su vida: Dios.

Pero lo hace básicamente para llegar mediante el raciocinio al conocimiento de Dios y al de sí misma, para de allí sacar como consecuencia la relación que entre él y ella existía, afirmándose así en el camino hacia la unión con el místico Esposo.

Hallé —dice Quiroga— “escritas de su mano estas seis circunstancias que tenía preparadas para meditar”. Y a continuación las publica textualmente. He aquí algunos párrafos que nos parecen representativos de su pensamiento y estilo:

Para empezar, y proseguir en estas meditaciones me imagino en el Calvario: póngome de rodillas, hago tres profundas humillaciones, besando la tierra, y los pies del Crucifijo, hago un acto de contrición con todo el dolor posible, y llena de confusión, y vergüenza, le digo a el Señor: ¿Es posible, Dios mío, que siendo yo tan grande pecadora he de hablar contigo? ¿Quién soy yo y quién eres tú? Tú eres Dios de infinita majestad, sabiduría, bondad, poder. Y yo una vilísima y abominable criatura llena de ignorancias y culpas. Qué bien se manifiesta, Señor, tu infinita bondad y dulzura, en tener por bien, que yo abominable (Oh Majestad infinita) halle en tu Tribunal lugar de negociar. Adórote, mi Rey y me postro ante tu inmensa grandeza y te entrego, querido Dueño mío, y te consagrado mi alma y cuerpo con todas sus potencias y sentidos, para estar este rato en tu presencia.

Luego pongo el paso delante del entendimiento, y voy meditando y ponderando. Muchas veces oigo que el Señor me dice: acuérdate de mis dolores, acompáñame en ellos, jamás los olvides. Mujer, por ti, por perdonarte y salvarte, padecí de buena gana; los merecimientos de mi Señor Jesucristo y de la Santísima Virgen María la Madre, mi alma, mi cuerpo, mi vida, mi salud, mis pensamientos, mis palabras y obras y cuanto se hace agradable a Su Majestad en el mundo, mi corazón y otros innu-

merables que tuviera para amarle y servirle con todos ellos y propongo hacer muchos actos de virtud interiores y exteriores y principalmente de los que me siento más necesitada y de pelear contra todas las pasiones y tentaciones, que más me afligen, con la ayuda y favor del Señor y de mi Señora la Santísima Virgen.

Si analizamos esta forma de meditar, encontraremos en ella una definitiva influencia jesuítica. Francisca sigue la línea ignaciana al hacer una reflexión de quién es Dios y quién es ella frente a Él, para llegar después a una personal introspección en la que se concientiza de ser "criatura llena de ignorancias y culpas", pero redimida por los dolores de la pasión y muerte de Cristo. De estas primicias puede ya racionalmente derivar sus meditaciones cuyo fin será, como en todos los místicos, buscar la unión con Dios aborreciendo todo lo que de Él la separe.

Lejos de esa actitud quietista de los alumbrados, ella considera que a Dios sólo puede llegar por un esfuerzo de la razón y la voluntad. Sus esfuerzos en este sentido están claros en todas las meditaciones de la Pasión de Cristo, en especial las referentes a la oración del huerto, el prendimiento y otras que van abarcando sucesivamente todas las etapas de la Pasión.

El biógrafo Domingo Quiroga, al analizar estos escritos, comenta: "sólo un breve apunte la bastaba para llenar de luces su entendimiento y encender en afectos la voluntad".

Escribió también sobre las postrimerías del hombre. Quiroga lo publica bajo los siguientes subtítulos: "Meditación de la gravedad del pecado mortal y sus efectos"; "Meditación de la muerte", "Meditación del Juicio particular", "Meditación del Infierno"; "Meditación de la Gloria"; "Meditación del Padre Nuestro" y "Meditación del Ave María".

Tenía Francisca el alma, como dice San Juan de la Cruz, "tan perdida de todas las cosas y sólo ganada en el amor del Señor que la enamoraba", que sintió la necesidad de expresarse en esta forma íntima que es la escritura. En el papel desahogó su sentimiento de amor divino, volcando al mismo tiempo su personalidad en la que el sentimiento va siempre regido por el conocimiento de la teología. Por eso sus escritos no fueron puro sentimiento sino que constitúan a la vez un ejercicio de las virtudes teológicas y morales.

He aquí uno de ellos tal como fue publicado bajo el título de *Afectos*:\*

\* Los escritos titulados *Afectos* han sido frecuentes entre los místicos y teólogos

¿Quién soy yo, Dios mío, quién eres tú para atreverme a parecer, y a hablar ante tu divina, y extremada Majestad? ¿Qué puedo yo alegar, para moverte a compasión de mi miseria, para el perdón de mis culpas, y admitir satisfacción de ellas?

Pero, Señor, aunque sea polvo y ceniza, he de hablarte.

Si yo fuera, Dios mío, de más alta naturaleza que todos los serafines juntos, venerada de mil mundos de ángeles y todo esto lo tuviera yo de mí sin deberte nada, de modo, que ni me hubieras criado, ni redimido, ni dado una gota de agua; con todo esto todo aquel imperio rindiera a tus pies y me despojara de tan rico señorío y tan grande honra, porque la tuvieras tú, admirada solamente de tu infinita grandeza, hermosura y suprema bondad.

¿Qué mucho, Señor, que ahora, que soy un asqueroso gusanillo, me rinda a ti, reconociendo mi vileza, procurando aplacarte con humillarme? En sujetarme a la más vil criatura por ser hechura tuya, no hago nada, pues soy yo la más abatida y abominable de todas con las injurias que hice a mi Señor. ¿Cómo puedo pedir de ninguna, que me honre, pues a todos he deshonrado? ¿Cómo puedo dejar de estar avergonzada delante de todos los hombres y ángeles? ¿Cómo no estimaré, que se contenten con pisarme con sus pies la boca?

De mí, Señor, soy nada y soy tan loca, que quiero que me estimen en mucho y aun aquí se muestra mi soberbia, cuando digo, que de mí soy nada, pues soy por mis pecados menos mil veces que nada, peor que la nada; porque lo que es nada, no es malo, y yo lo soy, y la más vil de todas las criaturas, la más maldita de las mujeres. Desmayo, Señor, considerando mi vileza, y sumamente me consuela tu gran piedad, y misericordia, que es infinita, y bastante a perdonar millones de culpas.

Piadosísimo Señor, ya conozco que tus misericordias aún no se han acabado: no has mudado tu blanda condición. El mismo eres, que fuiste. No se acabó tu bondad con mi malicia.

Pues perdonaste a tantos, no se embarazará tu justicia conmigo.

No son tan pequeños los servicios de mi Redentor Jesús, para que te hayas olvidado de ellos, ¿y si los tienes en la memoria, cómo es posible dejar de perdonarme? Bien sabes, Señor, que tu Hijo no murió por sus pecados, sino por los míos y no es posible que yo te ofenda más de lo que él te sirvió.

Deténgase tu justicia, que yo daré satisfacción de mis deudas con los tesoros de Jesús, presto serás pagado.

Si llegamos a cuentas, mayor es el recibo de los servicios, que

de todos los tiempos. San Agustín tiene hermosísimas páginas bajo este rubro que pudo haber conocido nuestra biografiada en la traducción del padre Montesinos.



el cargo de mis culpas. Si tu Hijo no hizo más por ti, que yo contra ti, condéname luego. ¿Mas si el servicio es tanto mayor, por qué quieres ejecutarme con tu justicia? Espera un poco, que en Cristo libro el precio y la paga de los pecados, que te debo. Mi pagador fue Jesús.

De su costa y cotilla ha de salir lo que he de pagar: él tiene mi rescate y mis tesoros, que todos sus méritos son tesoro mío, por la donación amorosa que me hizo de ellos. Yo te los presento, Dios mío, con este memorial de mis lágrimas nacidas de la amargura de mi corazón.

¿Ea, Señor, cómo es posible en tu bondad dejar de hacer cosa, en que te va tan poco y a mí me va tanto, como es mirarme? ¿Cómo puede ser, que me quisistes sufrir, cuando pequé y que ahora no quieras perdonarme, cuando lloro mi pecado?

Hazlo de hacer Señor, hazme de perdonar, que palabra tengo tuya y testigos de ella, pues dijiste por un profeta, que si el pecador gimiere su pecado, le será perdonado. A tu hijo entregaste a la muerte por ganarme y ahora vengo a ti y no ha de costar nada a Jesús.

¿Y no quieres recibirme? Mira, Padre de misericordia, cuanto hiciste por mí, que llegaste a deshacerte de tu Hijo, sufriendo que muriese por mí. Si acaso te causa asco el mirarme mira juntamente a Jesús y darás por bien empleada la vista.

No sueles hacer asco de pecadores. Bien sé, has mirado a muchos con buenos ojos, porque también los ponían en tu Hijo.

No te pido yo otra cosa, Señor. ¿Qué perderás en oírme? ¿Qué honra te faltará, si me perdonas?

Los ángeles se regocijarán, los santos se alegrarán.

Da un buen rato a tus queridos. Haz una nueva fiesta al cielo.

Los buenos te alabarán, los malos se animarán. ¿Quién te ha de culpar, porque me limpies de mis culpas? ¿Cómo no te compadesces de mi miseria?

Ea, Señor, así veas buen fin de las almas, que redimió tu Hijo.

Así te vea reverenciado, y querido de tus criaturas. Así veas tus esposas en el Cielo, que me quieras perdonar y dejar que de veras te ame.

Así veas a tu Hijo adorado y querido de todo el mundo. Así veas convertidos todos los infieles y pecadores del mundo que me conviertas a tu perfecto amor.

He aquí un párrafo de otro *Afecto* escrito de su mano:

Dueño y Señor mío, si tal me pareces, aun cuando no te veo y cuando tan tosca y bajamente siento por ti en este Valle de lágrimas, ¿cuál serás en tu grandeza, y gloria?

Por aquí, Señor, quisiera comenzar a pedirte, confiada en la grandeza de tu piedad, ¿cuándo llegará el día, que deseo, de verte, no tanto por mi gusto, cuanto por amarte más? ¡Oh si llegara aquella hora, en que me descubras tu rostro! Sí, señor, si llegará, que prometido me lo tienes, y aun jurado, sino falta por mí.

Esto, que deseó Jesús, deseo yo. Esto, que pidió tu Hijo, te pido yo. Dame siquiera de limosna lo que me compró tu Hijo muy caro, y con justicia. Ea, Señor, ¿qué falta para hacerme esta merced? ¿Qué no la pido como debo? Eso has de hacer por Jesús, sufrirme a mí. No fuera darme, si yo pidiera, como debo, porque ya te obligara a dar. Lo mucho es y lo que has de hacer por tu Hijo, es dar a quien pide, no como debe.

Con este reconocimiento llegué a las puertas de tu liberalidad, a pedirte, para mí, para mis deudos, bienhechores, encomendados, y para todos los fieles, e infieles, las cosas siguientes.

Primeramente todo lo que en la oración del Padre Nuestro nos enseñaste a pedir. El perdón de mis culpas pasadas y gracia para preservarme de las que puedo cometer grandes y pequeñas. El conocimiento de mi miseria, y tu grandeza, acompañado con el don de la perfecta oración y de lágrimas. Los dones del Espíritu Santo y las virtudes teologales y morales perfectas en heroico grado, principalmente las que en ti más resplandecieron, que son humildad, paciencia, mansedumbre, obediencia, pobreza, castidad y mortificación.

Que quites de mí todo lo que te desagrada, y pongas todo aquello con que puedo agradarte más y servirte mejor a gloria tuya...

Escribió también algunas coplas y versos "sin más metro que el que les daba el incendio de su pecho", dice Quiroga, quien publica los siguientes:

Mi Jesús, que poco os quiere,  
¡Quién por amaros no muere!

Poco os ama,  
El que a la llama  
De vuestra amorosa pasión  
No llega a la satisfacción  
De que os ama.  
Ay del gusano,  
Que es tan vano,  
Que no piensa, que es gusano  
En el amar,

Y en el obrar.  
 Oh dolor, que atormenta,  
 Que fuertemente lastima,  
 Da fervor  
 Con temor.  
 Aquel, que así no padece,  
 Perece.  
 Y es riguroso penar  
 El gozar.  
 Oh qué fuerte padecer,  
 No padecer.  
 Para mí se hicieron las penas,  
 Para mí, que las tengo por buenas,  
 Para mí, que para penar nací.  
 Oh alegría de penar,  
 Nunca me quieras perder.  
 Mi luz en cruz,  
 Mi lucero en un madero,  
 Y yo sin cruz,  
 ¿Cómo puedo tener luz?  
 Aprisionando anda el soldado,  
 Galán, alegre y regocijado,  
 Él desnudo y yo vestida,  
 Él peleando y yo holgando,  
 Él en un madero de tormentos,  
 Yo en empleo de contentos  
 De esta miserable vida.  
 Antes la vea perdida,  
 Que tan mal desperdiciada.  
 Nada me agrada, gran Señor, de ello,  
 Nada, nada me agrada.

Desde muy joven aceptó para sí la idea de que lo más importante en su vida era conocer y amar a Dios. Para conocerlo leyó, estudió, meditó. A fuerza de esa continua meditación y oración mental en que se ocupó todos los días, incrementada con la intuición mística de que gozó, llegó a saber más y amar más cada día.

Nos cuenta su biógrafo que tuvo "altísimos conocimientos del misterio de la Santísima Trinidad, de la virtud y eficacia de los Sacramentos, que dejaban lleno su entendimiento de divinas luces y de incendios su corazón".

De sus éxtasis fueron testigos, a más de sus confesores, parientes y amigos de la sociedad novohispana, tales como doña Sebastiana de Villa-Nueva, joven de una de las más prominentes familias de la ciudad, quien encontrándose en la iglesia con Francisca por confesarse

con el mismo sacerdote, tuvo "en tres ocasiones oportunidad de levantarla, sin que la viesan, el manto, y mirarla sin sentidos elevada en Dios, con rostro de ángel que despedía resplandores". La admiración que causaban motivó que se le prohibiese ir a las iglesias cuando había concurso de gente, por lo que procuró desde entonces asistir a las primeras horas de la mañana y mantenerse en los sitios más apartados.

Si la sociedad de su tiempo admiró respetuosamente su vida y se aprovechó de ella juzgándola intercesora delante de Dios, no así su propia familia que la tildó de bruja, fingidora y endemoniada, amenazándola con que la Inquisición daría cuenta de ello y que sería el baldón de la familia, saliendo a la plaza pública con ignominioso traje y vela verde.

Termina el biógrafo de Francisca de Carrasco relatándonos las virtudes en que se ejercitó con grandes esfuerzos, sus enfermedades, sus luchas con los demonios que por permisión divina la molestaban en diversas formas y, finalmente, su muerte ocurrida no en forma triunfalista sino en esa sencilla manera en que los santos o Cristo mismo aparecen fracasados ante el mundo.

Sus últimos días los pasó en la casa de una comadre, en donde vivía recogida por caridad, pues la ausencia de su familia y sus enfermedades la habían reducido al máximo grado de pobreza. Falleció el 27 de mayo de 1725 a la edad de sesenta años.

#### MARÍA DE SAN JOSÉ (JUANA PALACIOS MENÉNDEZ. 1656-1719)

La historia de su vida que escribió la madre María de San José por orden de su confesor, el padre José de Barros, fue una obra hecha con el solo propósito de informar a él y al obispo don Manuel Fernández de Santa Cruz, fundador y prelado del famoso convento de Santa Mónica de la ciudad de Puebla, "sobre todo lo que Dios había obrado en ella".

La orden se dio porque la vida de María de San José salía de lo común. Sus visiones y éxtasis exigían un amplio examen de las autoridades para evitar cualquier superchería, histeria o herejía, como la de los alumbrados, tan divulgada en la Nueva España, especialmente en Puebla,\* que ya había llevado a más de una mujer "visionaria,

\* Recordemos a Mariana de San Miguel, beata de la orden de Santo Domingo, procesada en 1601; a Agustina de Santa Clara, monja del convento de Santa Catalina, condenada a duros castigos en 1597 por alumbrada; a Teresa de Jesús en 1559 y a María de la Encarnación, mujeres seglares condenadas a azotes y cárcel perpetua por fingidoras y herejes.

fingidora y mitómana a las cárceles de la Inquisición".<sup>52</sup>

María de San José nos relata cómo inició su obra diciendo:

No sabía yo escribir y le dije a Su Majestad, Señor, yo estoy en el aprieto que la obediencia me manda que sepa escribir, yo no puedo ni es posible el saberlo hacer, tú Señor, sabes cuantos años ha que estoy trabajando y porfiando a querer saber escribir y ésta es la hora que no sé poner una sola razón.

Señor, para tí no hay imposibles, puedes hacer todo lo que quieras y así bien puedes hacer que yo obedezca en saber escribir y que no tenga consuelo en ello, sino que padecen lo mismo que padezco en no saber escribir.

Así lo hizo Su Majestad, que escriba todo cuanto quiero; pero el trabajo y fatiga que me cuesta, sólo Su Majestad lo sabe.

Un tirano confesor, el padre Dionisio Cárdenas, la presionaba con sus exigentes e inhumanas órdenes:

Me mandó que escribiese todo el tiempo que pudiese tener, sin tomar más de una hora de noche que sólo esta hora durmiese y todo lo demás del tiempo lo gastase en escribir. Yo le obedecí en esto y fui escribiendo de día y de noche. Luego que nuestra madre priora supo esta orden del padre Cárdenas, que fue después de algún tiempo, cuando yo no podía ya pasar adelante con tanto trabajo, le habló y dijo me alzase esta obediencia, pues era cosa que no se podía hacer.

Pasados algunos meses, después de lo dicho, vino un día al confesionario y me mandó que nada escribiese, ni tomase la pluma en la mano, ni tuviese libro alguno en la celda, también le obedecí en esto, sin replicarle en nada. Pasé muchos días sin escribir nada, ni hablarle palabra. Luego le dio gana de volverme a mandar que prosiguiese escribiendo. Luego dio en que los papeles que le remitía, no podía leerlos ni saber lo que en ellos iba escrito, que cerrados como iban, se los llevaba a su confesor, que era un padre de la Compañía. Estos papeles no sé qué se han hecho.

No imaginó María de San José que sus escritos serían leídos por tantos, ni menos aún que serían publicados en elogio de su vida.

El cuidado que tenía el obispo en conservar incólume la doctrina de la Iglesia católica y libre su convento de toda monja herética, lo llevó a exigir quincenalmente los escritos de María de San José para

<sup>52</sup> Julio Jiménez Rueda, *Herejías y supersticiones en la Nueva España. Los heterodoxos en México*, México, Imp. Universitaria, 1916.

leerlos, examinarlos y conferirlos con su propio confesor y canónigo de la catedral poblana, licenciado Asenxos, aclarando con la escritora a través del confesor —primero el padre Barros y después el padre Cárdenas—, todos los puntos dudosos. Exageró más aún su celo el prelado, enviándolos en repetidas ocasiones a sabios y santos religiosos de diversas órdenes para que examinaran a María de San José.

No habiendo encontrado nunca cosa alguna contraria a la fe y al “camino de perfección” que la joven había escogido, sus escritos fueron aceptados como verdad de una vida cristiana ejemplar y utilizados años más tarde por el padre Sebastián de Santander y Torres para escribir la biografía que tituló: “*Vida de la venerable virgen María de San José*”, publicada en México en 1723.

El autor usó toda la obra de ella para su libro, empero, no lo mencionó en la portada, ni en el prólogo, ni siquiera en el colofón. El lector lo descubre al adentrarse en el libro, porque constantemente lee: “Como dice en sus escritos la venerable Madre...” y a continuación encuentra numerosas páginas en letra bastarda, que señalan los textos de la monja que el autor utiliza para dar validez a las páginas místicas, en las que parece que no se atrevió por respeto a la autora o temor a la Inquisición a poner nada de su cosecha.

Gracias a estas reproducciones parciales podemos conocer hoy algo de los escritos místicos de María de San José. Los originales debieron existir en el archivo del convento de Santa Mónica de Puebla, o en el de la Soledad de Oaxaca, del que fue fundadora y donde murió.

Santander y Torres, basado en las íntimas confesiones de su biografía y posiblemente en los informes recabados con la familia y monjas contemporáneas, empieza su relato dándonos los datos de su nacimiento y noticias familiares, tratando, como era usual en la época, de ennoblecerla dándole antepasados conquistadores.

Nació, dice, el 25 de abril de 1656 en Tepeaca, obispado de Puebla, hija del capitán don Luis de Palacios Solórzano y de doña Antonia Menéndez Berruecos. Se la bautizó el 8 de mayo del año que corría con el nombre de Juana.

Por la línea paterna llevaba en sus venas sangre de los conquistadores de Canarias, de México y del Perú, y por la de la madre descendía de los conquistadores de México y de la Florida. Esta centenaria estancia de la familia en Nueva España la hacía una verdadera criolla.

La familia Palacios era de hacendados que tenían sus tierras de labor en el valle de Tepeaca. El biógrafo nos presenta pormenorizada-

mente lo que era su vida en las zonas rurales. El padre, que radicaba en la ciudad de Puebla, llevó a su familia a vivir a la hacienda, por considerar que una vida lejos de la ciudad era más sana para sus hijos. El trabajo agrícola lo realizaba con los indios de la región. Para el servicio de la casa había criados indios y esclavos negros.

Juana tuvo siete hermanas y un hermano, Tomás, a quien por la institución del mayorazgo le correspondió heredar las haciendas. Tres de sus hermanas se casaron, doña María con don Lorenzo Gorospi e Yrala, doña Isabel con don Juan de Gárate, y doña Catarina con don Honofre de Arteaga; otras dos fueron monjas: doña Leonor en el convento de Santa Teresa y doña Francisca en el de San Jerónimo de la Ciudad de México; doña Agustina y doña Ana murieron jóvenes sin tomar estado.<sup>53</sup>

Si hubieran vivido en la ciudad de Puebla, las niñas habrían ido al colegio, ya que había varios muy buenos, o a la "Amiga", pero la vida en la hacienda dejó la educación en manos de la madre.

Doña Antonia enseñó a leer a sus hijas. Juana deletreaba ya a los cinco años y sus hermanas leían corrientemente. A su vez, éstas ayudaban a la instrucción de sus hermanas menores.

La madre completaba la educación de las niñas enseñándoles las "labores de manos", bordar, tejer, hilar; administración de la casa y algo más: un sentido de la vida que se sostenía en una fe, la cristiana, y una forma de conducta que se regía por los mandamientos de Dios y las costumbres de la España católica, heredadas de sus padres.

En aquellas tertulias que seguían a la cena, la familia se reunía en la "sala del estrado", donde el padre o el hermano mayor leían en voz alta según libro, que generalmente era una obra religiosa, por ejemplo: vidas de santos, los Evangelios, las obras de María de Jesús de Ágreda, etcétera, mientras la madre y las hijas hacían labor.

Las mujeres, por su parte, también leían lo mismo literatura "profana" que religiosa. Así era, según ya hemos señalado, como formaban su cultura, lo mismo las mujeres de las ciudades que las que habitaban en las haciendas, ya se llamaran Temoaya o Tepeaca.

No pensamos por todo esto que la educación en manos exclusivas de las madre era perfecta para la época; por el contrario, adoleció de grandísimas fallas como en el caso de doña Antonia, que por su juventud, pues quince años tenía al casarse, la numerosa fa-

<sup>53</sup> Sebastián de Santander y Torres, *Vida de la Venerable Madre María de San José, Religiosa Agustina Recoleta, fundadora de los Conventos de Santa Mónica de Puebla y Soledad de Oaxaca...*, México, Imp. Herederos de la Viuda de Miguel de Rivera, 1723, cap. 1, pp. 1-14.

milia que procreó y su precaria salud, dejaba su obra educadora incompleta, desordenada y hasta cierto límite abandonada.

"Cinco años tenía ya Juana cuando por sentirse nuevamente preñada su madre la apartó de sí", dice el biógrafo. Los embarazos de doña Antonia se sucedieron unos a otros, de tal modo que no podía dedicarse plenamente a ella. Por esto encontramos que esa etapa que va de los cinco a los once años, que son los básicos de la escuela primaria, los pasó jugando con las chiquillas de la hacienda, en especial con una niña mayorcita, cuyas travesuras y majaderías la divertían tanto que le dedicaba todo el día... "y así olvidó las primeras letras de la cartilla que ya tenía enseñadas de su madre, aprendiendo las mentiras, juramentos y palabras torpes que con el trato y comunicación le iba sugiriendo y pegando la compañera".<sup>54</sup>

Comúnmente en las vidas de los santos hay un acontecimiento súbito que marca el inicio de un cambio, de una actitud ante el mundo y frente a Dios. Es una mezcla de experiencia religiosa y hecho físico. A San Pablo lo derribó de la cabalgadura un rayo; a San Francisco una voz como trueno le dice que repare la Iglesia; a Juana la derriba también un rayo, que cae sobre el caballo que estaba junto a ella, cuando arrebatada de la ira se disponía a maldecir a su compañera de juegos. El trueno la dejó privada del sentido, pero en tanto

la alumbró interiormente el Señor, comunicándole a su alma tan gran conocimiento de los beneficios de la creación y de la redención, que afirma ella misma, que como si abrieran una puerta o una gran ventana, así fue la luz que recibió el entendimiento para penetrar lo mucho que debía a Dios por haberla creado de nada y por haberla redimido a tanta costa, como dar a su sacratísimo Hijo para que se hiciera hombre y derramara por nosotros en la cruz su sangre.<sup>55</sup>

Vuelta en sí, dejó el juego, se apartó de las niñas y corrió a refugiarse con su madre. En la casa buscó la privacidad para reflexionar sobre lo acontecido. Pasó la noche comprendiendo con aquella luz que había iluminado su entendimiento, lo inútil de su vida, las ofensas hechas a Dios y planeando en medio de lágrimas el modo de desagravio y restaurar el tiempo perdido.

La niña, a partir del amanecer, era otra, no volvió a reunirse con las compañeras y el interés en el juego lo cambió por lo que había

<sup>54</sup> Sebastián de Santander y Torres, *ibidem*, cap. II, pp. 16-19.

<sup>55</sup> Sebastián de Santander y Torres, *ibidem*, cap. III, p. 30.



de ser a partir de entonces la razón de su vida: conocer a Dios y unirse a Él, quitando de sí toda afición que de Él la apartase.

Por ella misma sabemos que poco después del suceso del rayo, tuvo una mística visión en la que la Virgen María, habiendo visto el arrepentimiento de sus pueriles pecados y su sincera entrega a Dios, cobró vida en la pintura que adornaba la cabecera de la cama de su madre y la desposó con el divino Niño que tenía en sus brazos, colocándole un anillo en el dedo, mientras ella, con la sinceridad de niña ignorante, le pedía le explicase aquello del místico desposorio, al tiempo que se excusaba diciéndole:

bien sabes mi mucha ignorancia y corto entendimiento y como nací y me he criado en el campo...  
ni aún se leer, que es por donde podía tener alguna luz...

No habiendo en la hacienda sacerdote alguno a quien conferir lo sucedido, ni en quien ayudarse a caminar por aquella ruta que ella desconocía, decidió usar los medios a su alcance. Aprendió a leer, para estudiar a través de las obras religiosas que había en su biblioteca, la forma en que los santos habían llegado a serlo. De aquí el interés en la lectura y su desinterés en la escritura. Su hermana Francisca la enseñó a deletrear en la crónica de nuestro seráfico y amantísimo padre San Francisco, dice Santander, y añade: "en pocos días se halló tan adelantada en leer que le ahorró el trabajo a su hermana".<sup>56</sup>

A partir de entonces no le satisfizo sólo escuchar lo que su hermano leía, sino hacerlo por sí misma. A la crónica de San Francisco, siguió la vida de San Pedro de Alcántara y el *Libro de Meditaciones* escrito por él mismo. El biógrafo no cita todos los libros que formaron su cultura, empero las menciones que hace de los diversos santos, de los Evangelios y la evidente influencia que en su vida tuvieron los escritores místicos españoles, nos hace suponer que leyó y meditó profundamente este tipo de obras.

El conocimiento de la vida del gran penitente de Alcántara, tuvo en ella influencia definitiva y marcó el durísimo camino que seguiría.

Por mucho tiempo fue ella autodidacta en su vida interior, por hallarse la hacienda aislada de los centros religiosos.

Años después, empezó a ser dirigida por diferentes sacerdotes que aminoraron su rigurosa disciplina y grandes ayunos, ayudándola en ese peligroso camino de la mística unión con Dios.

La vida de María de San José, tal como ella nos la relata, fue una lucha dolorosa, batalla real noche y día, por lograr esa unión.

<sup>56</sup> Sebastián de Santander y Torres, *ibidem*, cap. VIII, p. 64.

A ella llegó por su total correspondencia a ese sobrenatural reclamo divino que fue el rayo disparado de las nubes y la pintura devota que cobró vida. Después, Dios, la Virgen María, los ángeles, los santos en los éxtasis y aun los demonios entraron de lleno en su vida sobrenatural, "no como una fría abstracción, sino como una realidad viva", que es lo que ocurre en los místicos.<sup>57</sup>

Para conocer los escritos de la madre María de San José, que es el objeto de este esbozo biográfico, voy a reproducir algunos de ellos, dando sólo las indispensables explicaciones para ubicarlos en el desarrollo de su vida.

Tras haber padecido una grave enfermedad que la tuvo postrada cinco años, recuperó de improviso la salud al bajarla de la silla de manos en que la habían llevado de la capilla de la hacienda a su casa. El hecho lo relata ella describiéndolo mediante la introspección que hace del estado de su alma y la proyección de esto en su cuerpo. Así nos dice:

al quererme bajar de la silla, abrí los ojos, vi la luz y claridad, que hasta entonces no había visto, porque aunque miraba la luz, no me alumbraba a mí como a todos los vivientes, sino que me parecía tinieblas y obscuridad, y por la pena que me daba, cuando abría los ojos para ver la luz del sol, y no veía luz, sino que me parecía era de noche; que según entiendo, esto nacía y era efecto de la grande obscuridad en que me dejó el Señor en todo este tiempo, con un total desamparo y desolación, que ni aun la luz del día, permitía Su Majestad que la viese, ni gustase de ella, y así tenía casi de continuo cerrados los ojos sin abrirlos, por la pena que en esto tenía .

Luego que abrí los ojos, me dio en ellos el resplandor del Sol, y juntamente otra luz más superior me bañó el alma, con la cual vi y conocí, lo que había pasado por mí, y las grandezas de Dios nuestro Señor y la gran misericordia que en esto recibía. No sabía qué hacer, ni cómo agradecerle esta merced a Su Majestad. Estaba como abobada o atónita, que yo misma no me conocía, ni parecía la que era antes. En un punto me hallé hecha un Cielo, derramando el Señor sus misericordias tan a manos llenas en este vaso inmundo, que no cabe en mi ruindad y bajeza el explicarlas. Bendita y alabada sea su gran misericordia que tan grandes las ha hecho, hace en esta miserable pecadora.

<sup>57</sup> Audrey G. Bell, *El Renacimiento en España*, Zaragoza, Ed. Ebro, 1944, p. 213.

Aquí las lágrimas se me iban de hilo a hilo, sin sentir las, del gran gozo y alegría que bañaba a mi alma y me decía a mí misma ¿qué es esto? ¿Señor, y Padre de mi alma, de dónde salgo? ¿Adónde he estado? Señor y vida de mi alma y de mi corazón, ¿cómo así lo has hecho, dejándome en una noche oscura sola, desamparada y desolada en el todo, sin consuelo divino, ni humano? Alzaba los ojos, y veía la luz material del día, volvía y miraba a mi Madre y hermanas, y no me hartaba de dar infinitas gracias y alabar la infinita Majestad de Dios nuestro Señor.

Treinta y un años pasó en la hacienda llevando una vida casi eremítica, retirada de día en una apartada cueva, dedicada a la oración y penitencia, reintegrándose a la vida hogareña en las horas de reunión familiar y durante la noche en el dormitorio común con sus hermanas.

Deseaba ser monja para dedicarse completamente a la búsqueda de Dios, sin los impedimentos de la sociedad familiar. No logró sus intentos con las clarisas, ni con las carmelitas de la ciudad de Puebla. Sólo consiguió, tras muchas instancias, y gracias a las influencias del marido de su hermana María, don Lorenzo Gorospi e Yrala, que el ilustrísimo don Manuel Fernández de Santa Cruz la admitiese como alumna en el colegio de Santa Mónica de Puebla fundado por él.\*

María de San José con gran sencillez y espontaneidad va mezclando en sus escritos los acontecimientos de la vida diaria con lo sobrenatural. Así escribe refiriéndose a la muerte de una colegiala de Santa Mónica cuyo lugar entraba ella a ocupar: "Estando yo en la casa donde posé, el mismo día de su entierro, recogida con Dios en oración, aquí sin saber cómo ni de qué manera, fui arrebatada en espíritu y me hallé en la misma reja del convento, aunque entonces no lo era, sino colegio..."

Vísperas de su entrada al colegio de Santa Mónica tuvo una extraña visión que describe así:

Estando en el aposento, entre nueve y diez de la noche, dejando ya dormidas a mi hermana y a la moza, me puse de rodillas delante de la imagen de nuestra Señora, y luego me hallé recogida y con gran quietud. Aquí vi a Nuestro Señor sentado como en un trono, o silla con gran majestad y severidad, como que estaba para pedirme cuentas de toda mi vida. Luego entré en grandes y terribles temores y sobresaltos: aquí acudió Su Majes-

\* Este colegio de Santa Mónica no era una escuela para niñas, sino una institución de retiro de "niñas", jóvenes piadosas, que se estaban preparando para ser la simiente del ya proyectado convento de Santa Mónica.

tad como Padre de misericordia a conformar mi flaqueza y ruindad, y de cuando en cuando me miraba con ojos de Padre amoroso . . . , y con este mirarme me daba a entender que no estaba como Juez riguroso, para castigarme, sino como amoroso Padre, para perdonarme. Luego vi a la Santísima Virgen mi Señora, un poco apartada de donde yo estaba; también veía a mi Ángel de Guarda y lo veía tan confuso. Sentía gran pena y desconsuelo el verlo con tanta confusión sin moverse, ni hacer acción alguna para mi consuelo. Aquí vi también a un demonio en figura humana, como un mulato muy feo y espantoso: traía en las manos un libro, en que comenzó a leer en voz alta lo que traía escrito en él, que era toda mi vida y lo que en ella había hecho. Fue leyendo todos mis pecados tan intimados y encarecidos, que aun aquellas cosas que yo no había tenido, ni aun por imperfecciones, las hallaba tan agravadas, que parecían culpas de mucha substancia y las buenas obras que había hecho, tan disminuidas y apocadas, que parecía no había hecho obra buena, ni que fuese enteramente del servicio, y agrado del Señor; que aunque había gastado veinte y un años en aquella vida, que todo había sido aparente, porque no había hecho cosa que fuese del servicio, y agrado de Dios, por tal y tal razón. Eran tantas, y tan eficaces las razones que el enemigo alegaba para afirmar y decir que no podía ser perdonada de Dios nuestro Señor, que de justicia era suya y estaba ya en su poder, que como las decía con tanto ahínco y eficacia, parecía que ya me tenía en su poder. Mientras el enemigo decía todas esas cosas y yo estaba escuchándolas (que sólo para esto tenía sentido) estaba todo en silencio y había aquí una luz más clara que la del medio día. Querer decir, y explicar lo que sentía en mi alma mientras estaba pasando todo esto, no hay palabras, ni términos para poder decir siquiera un rasguño, según eran los sobresaltos y temores, esperando el fin y paradero que esto había de tener. Lo que me daba ánimo y aliento era que de cuando en cuando me miraba su Divina Majestad, como Padre de Misericordia, y con este mirarme, me confortaba y daba ánimo.

¡Oh, válgame Dios! Y quién podrá decir la soledad en que aquí me veía, a fin de que no hubiese nadie que me acompañase, ni me ayudase, sino sólo las buenas obras que había hecho y éstas estaban tan llenas de imperfecciones y defectos, que parecía no haber hecho obra que fuese en el todo del servicio de Dios, según el extremo con que las relataba y apocaba el demonio. Esto fue cuando ya tenía yo treinta y uno o treinta y dos años.

Así encarecía los pecados que yo había hecho, y habiendo acabado el enemigo la relación del proceso de mi vida, me habló

el Señor desde donde estaba, y me dijo estas razones. He hecho esto contigo, para que entiendas y sepas, que el entrar en la Religión ha de ser para estar muerta en el todo, a todas las cosas terrenas de aquesta vida y a ti misma, sin tener acción que sea tuya, ni querer, ni no querer, sino sólo aquello que fuere de mi agrado y servicio; para esto sólo has de estar viva, no para otra cosa alguna y con tal, que quedas perdonada y todo esto acabado y olvidado, para empezar y dar principio a un libro nuevo y para no volver a pedirte cuenta de nada del tiempo que hasta aquí has vivido. Y para que veas como esto es verdad, mira el libro, cómo está ya todo en blanco, sin tener letra alguna de las que antes tenía.

Al decir estas últimas razones Su Majestad, estando todo en silencio, el enemigo estaba atendiendo a lo que decía el Señor; y luego que oyó esta última razón, reventando de coraje y furia de ver que me había librado de sus garras, levantó de manera en alto el libro, que se abrieron todas, las hojas una por una. Yo lo estaba mirando todo, que ya no tenía letra alguna, ni señal de las que antes, sino que estaba todo en blanco y hoy en día se me acuerda todo esto, como si ahora me acabara de suceder: tan estampado y vivo en la memoria, que no se me borra de la mente, aunque más años pasen por mí...

... Pasado ya todo lo referido, me quedé en la misma postura que había estado antes de rodillas, sin moverme desde las nueve de la noche hasta las seis de la mañana. Mis ojos eran mares de lágrimas, sin rezar, hasta que la luz y resplandor del sol, que entraba por los resquicios de puerta y ventana, me avisaron la hora que era. Entonces quise ponerme en pie y no pude por estar toda entumida, de haber estado tanto tiempo de rodillas...

Luego que mi hermana me vio de la manera que estaba, se asustó pareciéndole que estaba arrepentida de entrar en nuestra Madre Santa Mónica, para ser religiosa.

Preguntóme, si la causa de estar tan llorosa era ésta. Que no me afligiera, supuesto, que aún no había entrado, y tenía remedio. Esto era lo que mi hermana quería, que me arrepintiese, para no entrar en tan Santa casa, porque sentía con extremo el apartarse de mí, por el gran amor que me tenía, porque me había criado desde muy niña y yo la tenía en lugar de Madre, y así la amaba y respetaba. Díjele, que no estaba arrepentida de entrar a ser religiosa, sino que ya no veía la hora de verme dentro.

Habiéndose recibido en Puebla la Bula de Inocencio XI y la Real Cédula de Carlos II que aprobaban la transformación del Colegio en convento de monjas agustinas, recibió el hábito el 10 de septiembre

de 1687 y profesó el 13 de septiembre de 1688, cambiando entonces su nombre de Juana por el de María de San José.<sup>58</sup>

El amor familiar fue un doloroso problema que describe en los siguientes términos:

Este día en que estaba ya por entrar en el Convento de Santa Mónica, no hallaba, ni tenía otra cosa, que dejar para ofrecérselo a su Majestad; sino sólo este amor que tenía a los míos, que de todo lo demás del mundo, no sólo tenía yo dejado, sino aborrecido y deseando ya verme en la religión:

No tengo términos con qué poder explicar los grandes bienes, que de aquí me han venido: el sosiego, y tranquilidad con que he vivido y vivo desde este día que el Señor usó con mi ruindad esta misericordia tan grande. Desde este día he vivido, como si no hubiera nacido, ni descendido de persona humana de esta vida; sino como que hubiera nacido en las yerbas o de las piedras, en cuanto a este amor que naturalmente se tiene a los padres, que después que Dios tenemos el ser, lo tenemos de ellos; pues este amor tan natural, fue el que su Majestad arrancó de raíz y lo apartó de mi corazón y de mi memoria tan de veras, y tan del todo, que no he vuelto a sentir este amor tan grande que tenía a los míos. Tuviera mucho gusto en tener términos y palabras, para alargarme en esta materia y decir la libertad con que he vivido y vivo, que sólo me acuerdo de los míos para encomendarlos a Dios. ¡Oh y qué doblado paga su Majestad una nada que se obra por sólo su amor y por ser quien es! Esto se verá en lo que de adelante, en el retorno que he tenido de su poderosa mano, sólo por este amor que puso en su Majestad, quitándolo de mis Padres, y hermanos. Bendita sea su gran misericordia.

Ya de monja en el monasterio se entrega totalmente a Dios, cuyo amor era el único móvil de su existencia. Dejemos que ella misma nos explique algo más de su vida mística, leyendo unas páginas de las muchas que escribió:

Cuando el Señor comenzó a hacerme la merced de darme estos vuelos de espíritu o éxtasis (que todo es uno) la primera vez que me acaeció, fue en parte donde pudo verme la Prelada y algunas hermanas; éstas entendieron era algún mal de corazón, de los que suelen dar de repente.

Quedé sin sentido como muerta; más con grandísima suavidad, y deleite. Hizo la Prelada me llevasen en brazos a la enfer-

<sup>58</sup> Sebastián de Santander y Torres, *op. cit.*, cap. xiv, p. 145.

mería y en el camino al entrarme, volví en mí, mas de tal manera, que no podía mover cosa de mi cuerpo, sólo tenía sentido para oír y entender lo que se hablaba. Estando ya en la enfermería, comenzaron a hacerme algunos remedios, a echarme ligaduras y otras cosas, y como yo estaba con sentido para entender y sentir estas cosas, aunque no podía moverme, ni hablar; el verme en manos de criaturas, que estaban sobre mí, atormentándome con remedios, sin dejarme sola gozar de los gozos y dulzuras grandes, que el Señor estaba comunicando a mi alma, que parecía estar ya en la gloria; y por otra parte haber de estar disimulando, para que no lo echaran a verme fue gran trabajo y duró casi dos horas; al cabo pude hablar y pedir con las manos puestas a la Madre Priora, me dejase ir al retiro de la celda y no quiso, mandándome pasase la noche en la enfermería. Las mortificaciones que en esto pasé fueron muchas y muy grandes y a la mañana, así que tocaron a oración salí para ir a el coro con la Comunidad. Y la Prelada, como me vio buena y alentada, sin muestra de tener ningún mal, entendió luego lo que esto podía ser.

El Señor prosiguió continuando el hacerme aquesta merced, y nuestra Madre Priora no sabía ya qué hacer de mí. Las reprehensiones y riñas me daba era muchas y con mucho rigor y aspereza, y me amenazaba había de dar cuenta de estas cosas exteriores a nuestro Santo Prelado, para que pusiese remedio en ellas, que era cosa que no podía llevar a bien. Yo no podía atar las manos a nuestro Señor, para que no me hiciera esta merced. Ir al confesionario a hablar estas cosas con el confesor, era para más congoja, porque si mal lo llevaba la Prelada, peor lo llevaba mi padre, y así anduve todo el tiempo que duró el hacerme el Señor esta merced, en un mar de tribulaciones.

Estando en ejercicios me hizo el Señor esta merced; quedéme elevada en éxtasis; tocaron a examen de conciencia, como se acostumbra antes de comer ya estaba como muerta, mas tenía sentido para oír y entender. Oí el toque de la campana, mas no pude mover cosa de mi cuerpo. Quedéme sin ir al coro con la comunidad. Y la Prelada, así que me echó menos, envió a llamarme. Daban golpes a la puerta de la tribuna y yo no salía, ni respondía, porque no podía.

Salió la Prelada, del coro, entró en la tribuna y me halló elevada como dicen y entendiendo eran estas cosas del demonio, comenzó a darme azotes con la cinta de N.P.S. Agustín, con toda fuerza que pudo, y me sacó a empellones arrastrándome por el suelo, como lo había ya hecho en otras ocasiones. El Señor acudió en este aprieto, como Padre amoroso dándome sentido para andar; tomé el velo y me lo eché al rostro: fui al

refectorio con la Comunidad, que el consuelo que tuve fue estar en ejercicios y andar con velo.

Otro día me llamó el Padre Confesor al confesionario, donde estuvimos hablando en estas cosas, y se apuró mucho y me dijo que si otra vez me volvía a suceder lo mismo, que se había de ausentar y poner tierra de por medio, para no volver a verme. y así, que fuese derecha al coro por obediencia, y me pusiese en oración, pidiendo a Nuestro Señor cesase en hacerme esta merced y toda aquello que era exterior. Yo obedecí, como mi Padre me lo mandó. Ya se deja entender la pena con que salí del confesionario.

Estando en oración me puse en las manos de Dios nuestro Señor, como antes lo estaba, y con muchas lágrimas le pedí, me quitase todo aquello que era exterior, si era de su agrado; que ya veía su Majestad los grandes trabajos que estaba padeciendo mi confesor, que era en quien yo podía tener consuelo, y era el que más me apretaba. Fue su Majestad servido de oírme, pues desde este día cesó todo lo que era exterior, así en esta merced que el Señor me había hecho, de darme estos vuelos de espíritu, como en el padecer exterior, que tenía con los demonios y así, el estado, en que ahora está mi alma es de mucha paz; porque todo cuanto está pasando por ella es interior, y no sale nada a lo exterior. Cesó el Señor de hacerme esta merced, que acabo de decir, en lo exterior; mas no en lo interior del alma, de manera que nadie lo entiende o lo echa de ver.

Estas incomprensiones y dureza de los confesores nos recuerdan las que sufrió Santa Teresa de Jesús, que sólo hallaron consuelo en la visita que le hizo San Pedro de Alcántara. Por eso ella dice que uno de los mayores trabajos que hay en la tierra, es la contradicción de los buenos.<sup>59</sup>

En su ardiente amor a Dios ocurren a María de San José extraordinarios sucesos:

Una noche después de maitines, estando en el coro haciendo examen de conciencia, me vino un impulso, y ansia de quedarme por toda la noche acompañado a nuestro Señor Sacramentado; estando en esto sentí y vi cómo se me salió el corazón del pecho, y se me puso delante del Sagrario, en el aire en forma de corazón, en medio de innumerables Angeles, que estaban alabando bendiciendo a su Divina Majestad; yo no sabré decir cómo estaba, porque estaba como sin corazón, abobada y elevada. Viendo esto y estando en esto, salimos del coro. Yo me

<sup>59</sup> Santa Teresa de Jesús, *op. cit.*



fui a la celda; porque ninguna puede quedarse fuera de ella de noche y estando ya dentro de la celda me acosté, dejando a mi corazón acompañando a nuestro Señor Sacramentado, como lo tengo dicho, y desde la celda estaba viendo y oyendo cómo los Ángeles estaban cantando alabanzas a su Divina Majestad, con dulce suavidad y melodía; y mi corazón estaba alelado y derritiéndose en las alabanzas divinas. Ya se deja entender cómo estaría yo viendo y oyendo esto toda la noche hasta que tocaron a despertar. Yo me levanté para ir al coro, que no sé cómo podía andar, porque no sentía el cuerpo por faltarle el corazón y así que entre en el coro, vi cómo se vino a mí el corazón, y se entró dentro de mí, que parece recibió vida el cuerpo, que estaba como muerto.

Dice en otra página:

Algunas veces siento unos ímpetus amorosos, tan acelerados, fuertes y vehementes, que me sacan de mí, y me dejan casi destituida de los sentidos. Otras veces, se me desata y derrite el corazón en suavísimas lluvias de lágrimas. Y estando un día sintiendo esta llama de fuego, que me abrazaba el pecho y el corazón no me cabía en él, faltándome el aliento, y las fuerzas del cuerpo, para sufrir, tanto incendio, pedí al Señor, apagara un poco la llama de su amor, porque ya me faltaba la vida, y entonces sentí, que se llegaron a mí y me levantaron dos costillas de sobre el corazón y me quedaron las dos costillas levantadas cuatro dedos de las demás. Esto lo sentí, y lo vi con la vista corpórea. Esto digo de las dos costillas levantadas y con esto entonces dieron una ensancha al corazón, para que pudiera caber en el pecho, y con esto desfogó, y se desahogó, quedándome las costillas levantadas.

La hermana enfermera testificó al biógrafo, que efectivamente tenía las costillas que estaban sobre el corazón mucho más elevadas. Esa llama de amor en que había ardido el corazón de su maestro San Agustín y que la doctora de Ávila siente como una saeta que se clava en el corazón y es pena y gloria a la par, María de San José nos la describe en su elegante forma literaria:

Vi y hablé con N.P.S. Agustín y mi querido y amado padre S. Antonio de Padua, y los vi juntos y me dijo N.P.S. Agustín, que la merced que entonces me había hecho el Señor, era hacerme participante del fuego de amor que ardía en su corazón. Desde este día siento una llama de fuego de amor de Dios, que arde en mi corazón: unos tiempos más y otros menos. Y a lo

que siento, y entiendo, me robó el Señor el corazón y todas las potencias del alma, que vivo como muerta a todas las cosas de acá y no tengo memoria de cosa del mundo, como si no hubiera vivido en él, y me dicen las hermanas: María, ¿dónde vives, que no estas en ti? Porque todo cuanto me dicen que haga, se me olvida al punto y trabajo mucho por traerlo a la memoria, porque no puedo acordarme de otra cosa más, que de estar amando a mi Señor, que desde ese día estoy en un continuo acto de amor de Dios.

A veces crece de suerte esta llama de fuego, que me pone en punto de espirar: porque el corazón no me cabe en el pecho, y los saltos que da a cada movimiento, tapa la respiración. Esto no es otra cosa más, que morir cada instante y tornar a vivir. Los efectos que esto causa en mi alma es un olvido total de mí misma, y de todas las cosas de acá; y estoy en un continuo acto de resignación, entregándome, y poniéndome por instantes en las manos de su Divina Majestad; para que haga, y deshaga de mí, y en mí lo que quisiere, como en cosa propia, pues ya no vivo para mí, sino para su Majestad.

Así vincula la monja mexicana sus últimas frases al pensamiento paulista "No vivo yo, sino Cristo vive en mí".

La mística de esta página está mostrándonos un ejemplo vivo de lo que San Juan de la Cruz describe en su *Llama de amor viva*:

¡Oh llama de amor viva  
que tiernamente hieres  
de mi alma en el más profundo centro...!

Pues ya no eres esquiva,  
acaba ya si quieres,  
rompe la tela de este dulce encuentro.<sup>60</sup>

María escribe:

Estando en oración comencé a dar gracias a Su Divina Majestad, por la merced que me había hecho, en dar salud a mi Padre espiritual, para mi consuelo, y luego me respondió su Majestad y me dijo: Eso y mucho más haré por ti, y ahora ensancha tu corazón, para recibir las mercedes que estoy para hacerte. Luego vi y sentí cómo se entró el Señor en mi corazón en forma de una llama de fuego, de tal suerte, que parecíase

<sup>60</sup> San Juan de la Cruz, *Obras de San Juan de la Cruz, doctor de la iglesia*, 1a. ed., Madrid, Apostolado de la Prensa, S. A., 1952.

había unido conmigo y hecho una misma cosa. Sentía el corazón tan inflamado, como que estaba en una llama de fuego, derretido, y deshecho. Las lágrimas eran en gran abundancia, pero más dulces que la miel. La luz que sentí interior, era más clara y resplandeciente que la luz del Sol.

De esa luz dice Santa Teresa en el capítulo 28 de su vida: "Es una luz tan diferente de la de acá, que parece una cosa tan deslumbrada la claridad del sol que vemos, en comparación de esta claridad y luz que se representa a la vista, que no se querrán abrir los ojos después".

Los gozos tan llenos de dulzura, y suavidad, que aquí dio el Señor a sentir a mi alma, fueron grandes: las fuerzas desfallecían, los alientos exteriores desmayaban, porque no podían sufrir tanto gozar. No sentía la obscuridad de la noche, ni podía darme pena cosa de esta vida. Esto duró tres o cuatro días, aunque juntamente padecía más era tanto el gozo, que no lo sentía; a ratos era más, a ratos menos; y estando una tarde co-siendo en la celda, creció tanto la llama de este fuego, que comencé a cantar, sin acordarme que me habían de oír. Tocaron a barrer, salí con la escoba en la mano, cantando con mi mala voz, me encontré con una hermana y como me oyó cantar, volvió y me dijo: Hermana, nuevo se me hace el oír la cantar; yo me reí, y no le respondí.

La hermana no pudo entender lo que San Juan de la Cruz había querido decir, "es tan subido el deleite que aquel llamear del Espíritu Santo hace en ella, que la hace saber a qué sabe la *vida eterna*". Esta llama, continúa, "hiere el alma con ternura de vida de Dios y tanto y tan entrañablemente la hiere y la entenece que la derrite en amor".

Los escritos de María de San José nos informan repetidas veces de cómo se deshacía en dulces lágrimas que empapaban el suelo.

Caminando por esa vía purgativa de la que los místicos explican que es más fuerte en aquellos que Dios quiere levantar a más alto grado de unión, sufrió soledades, desasosiegos, sequedades de espíritu, desamparos, pero ante la menor moción de Dios que sentía su alma se enardecía en la fe, la esperanza y la caridad.

Reflexionando sobre ese Dios del que cada día descubre más, escribe:

¿Quién es éste a quien así obedecen mis potencias? ¿Quién es éste, que en tanta obscuridad introduce la luz? ¿Quién es éste,

que en un momento ablanda, y liquida un corazón, que parecía de piedra? ¿Quién es éste, que da, y hace brotar agua de lágrimas suaves, donde parecía había de haber mucho tiempo abrojos, sequedades y espinas? ¿Quién pone esos deseos? ¿Quién me da este ánimo? Yo deseo servir a este Señor. Yo no pretendo otra cosa, sino contentarle. No quiero contento, ni descanso, ni otro bien, sino hacer sólo su voluntad, porque si este Señor: es poderoso, como lo veo, lo experimento y sé, que lo es; ¿por qué no he de confiar yo en este Señor, que me sacará con bien de tantos trabajos?

En otra página relata más explícitamente hechos semejantes de su vida, diciendo:

El día de San Pedro Apóstol de este año, que va corriendo, desde el día de Santa María Magdalena de Pazis, hasta este día de San Pedro, todo este tiempo ha sido de padecer, más y más; porque es propio de su Majestad de hacerme mercedes para prevenirme y avisarme, para entrar en grandes trabajos y estrechos; porque quedo en un total desamparo, como en una noche oscura, que según lo que llego a sentir y a padecer, estoy como en penas infernales, ni les puedo dar otro nombre, según lo que una alma llega a padecer en estos aprietos. Llegué a comulgar este día de San Pedro, tan trabajada; así en lo exterior con mi poca salud, como en lo interior mucho más; que uno y otro era mucho. Estaba casi fuera de mí y sólo podía seguir la comunidad con gran fatiga, pues sólo tenía sentido para sentir, lo que padecía. Me hallé sumamente pobre, y desnuda, para llegar a recibir a mi Señor Sacramentado, ni aun pequé podía decir. Ofrecíle al Señor aquello mismo, que estaba padeciendo, y luego sentí, que aflojó el aprieto, entrando una luz clarísima en mi alma: bañándome toda de un gozo y suavidad llena de dulzura, y consuelo, que parecía gozaba ya de la gloria en algún modo. Estando ya con su Majestad en la boca, quise pasar la forma y no quiso el Señor, sino que se detuvo un buen rato, haciendo a mi alma mil caricias y regalos. Yo comencé a quejarme a su Divina Majestad, diciéndole que cómo me había dejado en tanto desamparo y desolación, entregándome en manos y poder de mis enemigos, para que me atormentasen cruelísimamente, padeciendo terribles y exquisitos martirios. A esto me respondió el Señor, diciéndome: Hija, no puede ser menos, porque para estar con la unión y trato de estar conmigo, es menester, que estés como el oro más acrisolado y para esto es necesario, que padezcas tanto como padeces, para purgar y satisfacer las culpas e imperfecciones en que estás cayendo. No fue sólo oír estas razones, sino que juntamente me manifestó

el Señor, cuánta verdad es esto, y con cuán justa causa y razón debo padecer mucho más de lo que padezco, y cuán de gracia y por sola su misericordia me hace los favores y mercedes, que me está haciendo, hallándome sumamente indigna y sólo merecedora de mil infiernos por mis grandes pecados.

Quedé corrida y avergonzada de haberme quejado a su Majestad, viendo lo mucho que hace por mí, y lo poco o nada, que yo hago y padezco por su amor.

No hay místico que no hable del demonio, que no lo haya sufrido, como lo hemos ido comprobando, y María de San José no podía ser la excepción.

Santa Teresa con ese su vivo genio y particular seguridad tan española lo sufría con frecuencia, pero se reía de él y no le tenía miedo. Así dice: "Son tantas veces las que estos malditos me atormentan y tan poco el miedo que yo ya les he, con ver que no se pueden menear si el Señor no les da licencia..."

María de San José se enfrenta al demonio como una mexicana, no tiene el desplante de reírse de él, lo sufre humildemente y lo vence, haciendo de sus males bienes.

Veamos algunas de las páginas en que habla de él a su confesor:

Son tantos en número los demonios que veo me cercan, que parece estoy en el infierno, según los tormentos, que me dan... Puedo asegurar que para cada virtud de las que debo y quiero ejercitar, tengo un demonio que me la contradice y en esto no tengo duda; porque tengo claridad de que es así, y me fuerzan a decir tantas, y tan terribles blasfemias, contra nuestro Señor, que sólo en la iniquidad, horrorosa de quien me fuerza a decirlas, pueden caber; y esto con tanta gran violencia, que aprieto los dientes, con mucha fuerza, porque parece según lo que siento, que las pronuncia la lengua, y así padezco congojas mortales para resistir...

En otra página dice:

Habiendo pasado terribles tentaciones, y persecuciones de los demonios, todo lo más de esta Cuaresma del año de mil seiscientos y noventa y seis, sin tener rastro de luz, ni consuelo, lo que más me afligía, era si ofendía a Dios en esta borrasca, porque estaba tan enajenada, que no sabía donde estaba; sólo podía seguir la comunidad, sin poder rezar, ni sabía si atendía a lo que las demás rezaban, ni tenía el consuelo de poder confesarme. El día antes de la festividad del glorioso Patriarca San José,